

Salariado mundial, economía mundial y oposiciones sociales

El nuevo Leviatán

Pierre Naville

1. SALARIADO MUNDIAL Y TRABAJO MUNDIAL

Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, válidos e inválidos, todos están hoy inmersos en un sistema económico único, pero no uniforme, cuyos elementos esenciales son el salariado y el capital. Es un único sistema en el mundo entero, y cuya extensión va creciendo. Las oposiciones y las cooperaciones que animan este sistema económico se manifiestan alrededor de dos elementos, que concentran cada vez más en ellos lo que constituye el fundamento de la sociedad universal de nuestra época.

El trabajo asalariado es la inmensa fábrica que acumula los valores que se intercambian, de una u otra manera; o, lo que es lo mismo, que se disputan. Triunfa como la manera dominante de producir, de acumular y de repartir; es decir, de extender y de mantener la vida social. Las dimensiones de su éxito están a la medida de los desarrollos que este siglo [el XX. Trad.] aceleró y exageró al extremo: una población planetaria de seres humanos que ha superado los tres mil millones, una apropiación completa de las tierras, los mares y la atmósfera (y muy pronto del espacio cósmico), una duración media de la vida humana que –superando los 80 años– tiende al siglo, la generalización de la transmisión de los medios de educación y de cultura, un desarrollo tecnológico reproducible a voluntad y en todos lados.

El trabajo de los hombres, sofocado luego de sus propias conquistas, se prolonga en el trabajo autónomo de las máquinas, que replica el de la naturaleza. El dominio de la naturaleza se duplica inmediatamente por el dominio de los medios de producción transformados a su vez en una naturaleza artificial. Después de todo, la sociedad no es una inmensa acumulación de mercancías:

► Teoría

Naville

es, ante todo, un gigantesco arsenal de trabajos, de servicios hechos, de productos para distribuir, de técnicas a perfeccionar. El capital es la acumulación de esos servicios, de esos productos, de esos medios técnicos, antes que la posesión de mercaderías y de los medios de fabricarlas y venderlas. Acaparado por un grupo cualquiera, asegura la posesión del Estado, la facultad de explotar, la posibilidad de forzar, la voluntad de dominar, la capacidad de disfrutar, el deseo de gozar, hasta los límites de desarrollo de la población en número, en densidad, en variedad, en extensión, en duración.

El trabajo de la sociedad planetaria es la fuente y el recurso de donde todo se deriva: su norma domina todas las tierras conocidas, es decir, todas las tierras, sin hablar de los mares. Pero ese trabajo sigue siendo el trabajo asalariado, como realidad efectiva o como tendencia. El salario se transforma en lo que debe ser: el precio que el empleador debe pagar, según su propia lógica, para que el organismo humano trabaje para otros, sin dejar de ser activo para sí mismo; para que pueda hacerlo, y no haga ninguna otra cosa, y que nada cambie ese orden de cosas.

El salariado mundial, hacia el cual nos encaminamos, es la característica de una sociedad mundial. Podía antiguamente predominar en algunas regiones limitadas en las que la industria y el capital privado se imponían, sin penetrar en las regiones exteriores, en las que seguía siendo prácticamente desconocido, como la moneda. Hoy, se extiende rápidamente por todos lados, se afirma como la única manera de garantizar al trabajo una compensación, y al consumidor una presa sobre el beneficio general y sobre el trabajo de otros. Una esquematización permite aislarlo como forma pura, la antítesis de la propiedad capitalista: la libertad de trabajar completa la libertad de disponer.

La universalidad del salariado se transforma entonces en una verdad concreta, en la única realidad fundamental de las relaciones económicas, en la lógica de todas las sociedades. Pero por esas mismas características contiene su propia disolución. El momento de su generalización es el de su crisis. Veremos las formas diversas que esa generalización reviste, de las cuales no vemos más que los prolegómenos. Por el momento, el trabajo asalariado es la forma común de explotación del hombre por el hombre, la regla opresiva de todas las instituciones sociales, el resorte de las satisfacciones del bienestar y de las ilusiones de mejorar. Las desigualdades que se producen en su seno no contradicen esto. Al contrario, esas desigualdades exasperan la crisis, y nos hacen soñar con un estado en el que la desigualdad no sea simplemente el negativo de la igualdad, en el que la explotación no sea sólo el tributo mal repartido de la explotación.

2. ¿UNO O DOS MUNDOS?

Hasta aquí hablamos como si el salariado envolviese un mundo y no dos, como si el trabajo se pagase en todos lados de la misma manera, en los estados cubiertos por la bandera socialista, en los que enarbolan el estandarte liberal o capitalista y en los que mezclan las dos formas sin problemas. Según los propagandistas, y a veces de los teóricos, el salariado es una única cosa aquí y allá.

Es ese concepto lo que vamos a examinar. Para hacerlo, es necesario desembarazarse de una mirada que hace del mundo de hoy un compromiso provisorio entre dos universos absolutamente distintos, separados, enemigos por naturaleza, y de los que sólo uno podrá prevalecer a la larga. Los conflictos que los oponen y los atraviesan no prueban que el mundo económico y político sea dual en su principio. No alcanza con que haya dos campos, y enemigos, para suprimir la razón del antagonismo: la unidad.

El mercado mundial es la gran conquista de las monarquías europeas y de las burguesías capitalistas nacidas a su sombra. La revolución socialista no lo quebró, sino que le imprimió otras formas. El brote reciente del gran capital lo endureció, haciendo de él un entramado de intercambios de una densidad sin precedentes. Los conflictos, las guerras, las masacres se extendieron también al compás de su crecimiento. Es precisa la ceguera de un déspota para concluir de un antagonismo la ruptura definitiva de una unida que es la esencia misma de las relaciones económicas tejidas por el capital, del cual el socialismo no puede sino aceptar la herencia so pena de abortar.¹

Examinar las funciones del trabajo, las formas del salariado, las modalidades de la apropiación de las cosas y de los hombres, considerando el mundo como un mosaico inconsistente o como un conjunto desordenado de islotes económicos (a lo que nos invita la división en naciones o estados), es privarse de comprender qué leyes rigen la evolución general del universo social. Es prohibirse analizar el sistema. Es hundirse en las aclaraciones parciales y las confusiones de conjunto. Es, en definitiva, no profundizar en la significación de las querellas y los conflictos que modifican sin cesar la composición de los presuntos dos campos, y las combinaciones cruzadas entre sus protagonistas. Es imprescindible que la suma de los análisis de detalles dé la visión de conjunto que necesitamos. Sólo esta visión de conjunto permite dar todo su relieve a las formas y los contenidos diversos que ponen de manifiesto, de manera lenta pero implacable, la aparición de un mundo nuevo.

3. SOBRE LA UNIDAD DE LOS PRINCIPIOS

Es más cómodo comparar dos cosas que analizar una sola. Es que la paridad y la dicotomía, por no mencionar la simetría, están en nuestro espíritu desde que empezamos a reflexionar. Proyectamos esta disposición en el espacio y en el tiempo, y es lo que nos tranquiliza cuando oponemos Oriente y Occidente, el antes y el después de una revolución o de una guerra. La historia parte de allí. Pero para enunciar o explicar el principio de un régimen o un sistema hay que partir de otro lado: hay que encontrar la raíz, lo que permitirá su desarrollo.

El sistema social, sea que se lo tome en sus formas económicas o en sus conexiones naturales o en sus relaciones humanas, reside sobre todo allí donde

¹ He denunciado en su momento la postura absurda de Stalin sobre los “dos mercados mundiales” en *La clase obrera y el régimen gaullista* (capítulo sobre “la URSS, EEUU y las contradicciones imperialistas”).

► Teoría

Naville

surge la fuerza que lo hace crecer, durar y transformarse. La lógica de su progresión no es la de un escalonamiento de fenómenos ni la de una coexistencia de hechos locales ni una sucesión de efectos. Expresa el funcionamiento de un modelo, la acción de agentes provistos por una organización central de sus propias fuerzas. A menos de dejar la investigación en una mirada de constataciones sin lazos que las unan o de satisfacerse con una crónica, estamos obligados a buscar ese punto simple desde donde se ve la particularidad de los efectos dentro de la unidad de un conjunto general. Ese punto parece siempre arbitrario a la vista del torrente de los acontecimientos. Que se deba también escrutar la coyuntura de las cosas y retener sus inflexiones indicatoras no impide una búsqueda más esencial, que nos ubica en el centro creador de la vida social.

¡Cuántos motivos para estar en guardia! La marejada de medidas, difuminadas por miradas de cifras que el cálculo organiza de manera cada vez más sutil y aleatoria; la proliferación de nociones o categorías (según las palabras), de lenguajes técnicos y profesionales; la circulación cada vez más rápida y extendida de la información; el tamaño creciente de los errores y las rectificaciones; el estorbo, el peso, la extensión de los hechos recogidos y clasificados que molestan el razonamiento cada vez más aplicado a simplificar las cosas dividiendo, agregando, reduciendo, extrayendo, transfiriendo; los secretos y las mentiras que alteran los datos; todo esto descorazona desde el principio la razón del sabio y la voluntad del estudioso. La prudencia se disuelve entonces de buen grado en el reposo del espíritu, la neutralidad del día a día, en la confusión de lo objetivo y lo pasivo, y se nos plantea el desafío de encontrar en el caos organizado en el que vivimos el menor hilo conductor, el más pequeño germen bien determinado de las grandes floraciones sociales. El espíritu de la ciencia, a despecho de esos vaivenes, está hecho hoy tanto de nociones simples como de una multiplicidad de aplicaciones y de un conjunto indefinido de posibles. La economía política y la sociología, al igual que la mayoría de las ciencias del comportamiento humano, están menos imbuidas de esta exigencia que otras disciplinas.

Con la excusa de que los seres viven, se recusa un método que restrinja sus pretensiones morales. Las ciencias humanas, a despecho del aparato matemático que usan, se reservan el *fiat* que anula según las conveniencias todos los imperativos de una razón motivada, o de pasiones que se justifican en sí mismas. Esas ciencias no consienten las previsiones a menos que puedan maldecir las previsiones. La imaginación huye de ellas porque se ahogan en la colección de los problemas estrechos que aseguran la seguridad mental del ciudadano. Lo que ocurre en realidad no es tanto que les faltan los medios para imitar las otras disciplinas sino que a menudo les falta el coraje que nutre la audacia de las otras ciencias.

Los hombres que pueden dominar la técnica de la exploración directa del satélite de la Tierra y del entorno solar, por la puesta en marcha de principios de una simplicidad ejemplar, por la variedad inmensa de sus formas de aplicación, dudan de emprender con una metodología similar la exploración de la

conducta del mundo social. Pero lejos de dejarse llevar por las vías de la invención, e incluso de los sueños, se los encuentra a la zaga de las apariencias, y muy a menudo encarnizados en desnaturalizar, si no negar, las evidencias que privan sus intereses de toda justificación.

4. ACERCA DE LA UNIDAD DEL MUNDO ECONÓMICO Y SOCIAL

Planteemos la cuestión esencial: ¿en qué medida un análisis de la economía mundial puede y debe ser hoy *unitaria* y *orgánica* como lo fue en la segunda mitad del siglo XIX europeo? Esta pregunta recibe todavía respuestas empíricas, según las necesidades políticas o pedagógicas, aquí y allá. En los países del socialismo de Estado, se traza un límite de alguna manera geográfico entre los dos sistemas: se pretende que la teoría de la economía política del socialismo es radicalmente heterogénea respecto de la teoría de la economía del capitalismo actual; el comercio exterior y la balanza de intercambios serían los únicos lazos, o mejor, los únicos mediadores, entre esos “dos mercados mundiales”, esos dos sistemas universales. En los países capitalistas, diversas escuelas ven una pluralidad de sistemas en concurrencia sobre un mercado mundial único, que sufre a veces restricciones parciales y temporarias. Esta pluralidad de sistemas se ordenaría según la relación más o menos elevada o compleja entre el sector estatal y el sector privado de la economía, o según el nivel más o menos elevado de la productividad. Esto da lugar a una suerte de escala de nivel de “madurez”.

Casi en todos lados se considera, por razones bien distintas, imposible o erróneo recurrir a un análisis teórico del sistema actual de la economía mundial considerado como unidad orgánica, incluso preñado de fermentaciones mortales e incompatibilidades imposibles de subsanar. Si esta concepción está justificada, es necesario admitir que la diferencia es grande entre el análisis de *El capital* de Marx y el que se preconiza hoy; será necesario entonces preguntarse si esta diferencia es ocasional o si alcanza los fundamentos mismos de una concepción socialista de la teoría económica.

Este debate no aparece hoy, ni siquiera en el período abierto por la revolución rusa de 1917. Desde el inicio del siglo, muchas controversias esenciales giraron alrededor de este problema; se comprende mejor su alcance desde el momento en que el análisis de *El capital* no alcanza por sí solo, evidentemente, para aclarar el funcionamiento presente de la economía mundial. Dentro de estas controversias, citaremos éstas, las mayores:

- a) La confrontación entre el análisis *dialéctico-orgánico* de Marx y la concepción *histórica* del desarrollo capitalista (Sombart y otros);
- b) La discusión relativa a la naturaleza de la expansión imperialista (Rosa Luxemburgo);
- c) La discusión en la URSS sobre la significación de la Nueva Política Económica y del período de transición (Preobrajensky);
- d) La discusión sobre los efectos de la gran crisis económica de 1930 (teoría de las crisis, autarquía).

► Teoría

Naville

Las caracterizaremos, sin perder de vista que es hoy que se plantean en toda su extensión:

a) La controversia entre la escuela histórica y la escuela marxista (que es necesario llamar "estructural") no concierne únicamente al método de la economía y de la crítica sociales. Se centra en el contenido mismo del análisis: la naturaleza del sistema económico estudiado. El análisis marxista no podía ser, desde la publicación del primer tomo de *El capital*, más que un método adaptado a un contenido particular, aunque universal: el sistema de relaciones capitalistas. Los elementos históricos entraban en este análisis sólo a título de formas de génesis. La sociedad teórica cuyo funcionamiento y mecanismo desmonta Marx es la del capitalismo purificado, en la que los capitalistas (explotando una mano de obra asalariada) y los proletarios asalariados son los protagonistas esenciales y únicos. El movimiento de esta sociedad, los cambios que sobrevienen a sus formas, no son un proceso histórico, una crónica. El prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* es explícito: lo que Marx intenta dilucidar es el encadenamiento lógico de las categorías teóricas del mundo social y económico capitalista, y no la sucesión temporal de las formas heterogéneas de sistemas sociales diversos. Es por esta razón fundamental que Marx considera el mundo económico como unidad, totalidad que se basta a sí misma, abstracción hecha, por ejemplo, del comercio exterior y de los emprendimientos de colonización en el mundo no capitalista. Marx estudió también las formas sociales precapitalistas o extracapitalistas, pero no las integró directamente en su análisis del capitalismo "puro", equivalente a una esfera total de la economía y de las relaciones sociales humanas.

La escuela histórica, o mejor, las diversas escuelas *historicistas*, ve por el contrario el "apogeo del capitalismo" (*Hochkapitalismus* es la expresión de Sombart) como un episodio, mayor, es cierto, en la sucesión de formas económicas desarrolladas anteriores al capitalismo, o contemporáneas de él.

Así, los historiadores de la economía europeos del siglo XIX le daban tanta importancia, para la explicación del capitalismo contemporáneo, a las épocas no capitalistas caducas como a las grandes conquistas contemporáneas de colonización y a los residuos persistentes de formas perimidas. Las relaciones capitalistas más evolucionadas, las más puras, aparecen entonces rodeadas, en la sucesión de épocas, por otras formas. La unidad de la explicación teórica está quebrada. La historia impone un pluralismo en la explicación, mientras que la lógica postula la unidad del sistema.

La teoría que considera la economía mundial como inexistente en sí misma porque dos sistemas heterogéneos (el capitalismo y el socialismo de Estado) se desarrollan en el pasado y en el presente separados el uno del otro, a despecho de sus conexiones de hecho, encuentra una de sus fuentes en la polémica que opuso durante mucho tiempo a los marxistas y a la escuela histórica.² No hay que perderlo de vista.

² Ver al respecto el libro de N. Bujarin, *La economía política del rentista. La teoría del valor y del beneficio en la escuela austríaca* (París, 1967).gg

b) Esta polémica se reanimó con la crítica formulada por Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital*. Rosa intenta demostrar que los esquemas de la reproducción simple y extendida (en el Libro II de *El capital*) no permiten explicar cómo la plusvalía producida en la sección I puede hacerse realidad en el seno de las relaciones capitalistas “puras”. Según ella, la plusvalía no puede llevarse a cabo sin que elementos no capitalistas estén obligados a comprar los productos capitalistas.³ Es lo que explicaría la expansión imperialista del capitalismo en el siglo XIX para conquistar mercados coloniales y el retroceso de las esferas independientes (en especial las agrarias) en las regiones capitalistas. Rosa Luxemburgo tendía así a unirse, sin tener en cuenta las críticas internas que hacía al análisis marxista de las relaciones capitalistas “puras”, a ciertas tesis de la escuela histórica.

La economía mundial aparece en efecto, desde ese punto de vista, como el producto histórico de la penetración de las relaciones capitalistas en el mundo no capitalista. La unidad lógica de la estructura capitalista “pura” se quiebra. La descomposición de esta estructura no puede venir de su propia lógica interna, sino que debe ser arrancada por la colisión entre los elementos exteriores y las relaciones propias de la dinámica capitalista por fuera de ella misma.

La discusión que sigue esta crítica tiene más de un punto en común con la que suscita en nuestros días la teoría de los “dos mercados mundiales”. Se puede en efecto considerar que la economía del socialismo de Estado, igual que la del imperialismo, no puede ser analizada dentro de su propia estructura ni en su unidad, sino únicamente en el marco de un conflicto, en el curso del cual ninguna puede asegurar su supervivencia, o su progreso, más que descomponiendo a la otra. En ese caso, es necesario rechazar también un análisis que considera hoy la economía mundial como un todo. El “modelo” económico propuesto por Marx debe ser profundamente modificado.

c) Esta discusión tiene una inesperada vuelta de tuerca dentro del sistema económico de la URSS, desde la abolición del “comunismo de guerra” y la instauración de la NEP. La dualidad de sistemas reaparece, pero en el interior de un régimen “socialista”. Restableciendo la propiedad privada de los productos del suelo (dado en arriendo de enfiteusis), la libertad de comercio medio y minorista, el artesanado libre e incluso la pequeña propiedad industrial privada al lado de la industria del Estado, se restaura un mercado libre sobre el cual se ejerce la ley del valor. Los productos se transforman sin lugar a dudas en mercancías, al menos en parte. La existencia de un sector estatal, que comprende los grandes medios de producción y de transporte, y un monopolio de Estado sobre el comercio exterior, introduce un principio de competencia de un nuevo género. Esta competencia es el resultado, justamente, de la dualidad del nuevo sistema económico. En esas condiciones, ya no se puede considerar la economía de la NEP como un bloque unificado, sino que sólo cabe examinar el sistema capitalista-imperialista como una sola entidad.

³ Bujarin consagró una crítica acérrima a las tesis de Rosa Luxemburgo en una serie de conferencias: *El imperialismo y la acumulación de capital* (en ruso y en alemán, 1925).

¿Qué hizo entonces la mayoría de los economistas soviéticos del período 1921-1929? Renunciaron a usar directamente el modelo marxista para analizar la nueva forma económica. Bujarin y sus alumnos tomaron la cosa bastante a la ligera. A pesar de la restauración de un sector de producción privado y el renacimiento de un salariado de tipo capitalista, vieron en la economía soviética de entonces un sistema global *sui generis*, distinto del sistema capitalista en todos sus principios. El sector privado, el mercado libre, el salariado capitalista, no eran a sus ojos más que resabios pasajeros, residuos, formas perimidas que era necesario preservar algún tiempo por razones políticas y para facilitar el reforzamiento del sector estatal, que debía más adelante dominar sin rivales el conjunto de la economía.

Esta manera de ver implica una metodología confusa. Obligaba a recurrir, para analizar el sistema *mundial* de la economía, a una pluralidad de puntos de vista que no era en todo caso el método empleado por Marx en su tiempo. ¿Las categorías nuevas de la economía soviética aparecidas durante la NEP pertenecían al socialismo (en el sentido en que Marx lo encaraba, bajo el ángulo económico: salido de las formas monopólicas más evolucionadas del capitalismo)? ¿O eran formas mixtas, combinaciones particulares y excepcionales, incompatibles por su misma naturaleza con una teoría unificada? Las respuestas de Bujarin iban tanto en un sentido cuanto en el otro. Hacia la misma época, en su crítica de Rosa Luxemburgo, y en la víspera de la NEP, en su *Economía del período de transición*, igual que en el libro escrito en 1915, Bujarin encara la teoría de la economía mundial como una totalidad de relaciones capitalistas a la que se oponía, desde 1918, una totalidad de relaciones socialistas.⁴ El carácter orgánico y unificado de la teoría económica estaba de alguna manera salvaguardado, pero gracias a una dicotomía fundamental presentada como una alternativa: capitalismo o socialismo, uno u otro, dado su carácter de totalidad orgánica (sistema “puro”) debían ceder su lugar al otro tras un breve plazo.

Preobrajensky plantea, desde 1922, la cuestión de otra manera. El método que preconiza en esa época conserva hoy todo su valor. La NEP se transformó en indispensable, a sus ojos, no sólo por razones políticas y sociales sino también por su función económica.⁵ Fiel al método marxista, recuerda que no se puede dar una explicación correcta de las explicaciones parciales en la economía mundial si por principio se la desmonta. Incluso la ruptura introducida por el régimen soviético no funda una heterogeneidad radical. Por el contrario, una visión unitaria del conjunto del sistema permite comprender el alcance de sus antagonismos, de sus diferencias y de sus modificaciones parciales. La abolición de los poderes del gran capital privado en la URSS y el establecimiento de un sector económico estatal que domina la industria pesada, la energía, las minas, los transportes, el monopolio estatal del comercio exterior, no invalidan

⁴ En ese sentido, Bujarin no hizo más que seguir el análisis bipartito que había intentado con Preobrajensky durante el “comunismo de guerra” en *El ABC del comunismo* (dividido en dos partes bien diferenciadas: el mundo capitalista y el mundo comunista).

⁵ Ver el primer capítulo de *La nueva economía* (París, 1966) y *De la NEP al socialismo* (París, 1967).

las leyes económicas generales que rigen el funcionamiento de las relaciones capitalistas a escala mundial. El régimen de la NEP torna esta dependencia más sensible aún: el nuevo sector privado soviético es, desde el punto de vista teórico, una variante de las relaciones capitalistas internacionales; los intercambios exteriores traducen las relaciones de la URSS con el mercado mundial. El valor de cambio sigue siendo el regulador de esas relaciones. Lo que cambia, lo nuevo, es el poder que detenta el Estado de modificar a favor de las relaciones no capitalistas una estructura que depende en su origen de las relaciones capitalistas mundiales de la cual surgió.

Este punto de vista excluye el método puramente histórico. Elimina también una concepción pluralista de la economía mundial. Permite, por el contrario, un estudio de los efectos de la economía dual soviética (NEP) sobre las grandes categorías económicas definidas por Marx como tipos puros y abstractos. Los debates que tuvieron lugar (con palabras solapadas) en los países donde se enraizó un socialismo de Estado, al igual que en los países subdesarrollados y neocolonizados del "Tercer Mundo", surgen de la polémica que opuso a Preobrajensky y Bujarin en los años 1921-1927. En cuanto al método, esta polémica prolongó, en nuevas circunstancias, las controversias alimentadas por la escuela histórica y Rosa Luxemburgo.

d) La gran crisis económica del capitalismo mundial de los años 30 también suscitó un debate económico renueva los precedentes. Esta crisis de superproducción general arroja de la esfera productiva a decenas de millones de desempleados en Europa y en América. En parte fue superada por medios económicos que parecían incompatibles con las leyes teóricas del capitalismo competitivo: intervención creciente del Estado en la regulación de los mecanismos económicos; tendencia a la autarquía, es decir, a la restricción máxima de la producción y de los intercambios a nivel nacional. Algunos autores burgueses, y también algunos socialistas, vieron en esa crisis una destrucción quizá definitiva en la unidad del mercado mundial, y, al mismo tiempo, algunos de los segundos vieron la crisis final del sistema capitalista. La contraprueba estaba dada, según ellos, por el progreso de la economía soviética, en cuanto al volumen de producción, entre 1930 y 1940. La URSS, gracias a la autarquía creciente de su economía, aportaba un argumento más a las teorías que subrayaban la imposibilidad de analizar como un todo un sistema mundial cuya supervivencia estaba garantizada sólo por su fragmentación. En esas condiciones, el funcionamiento continuo del capitalismo sería una vez más explicado por la heterogeneidad de sus manifestaciones, por la historia de sus contradicciones (o coyuntura) y no por la teoría pura de su estructura de conjunto. E. Varga, uno de los defensores de esta postura, insistió, durante la preguerra y la posguerra, en el rol que jugaba el Estado monopólico en la liquidación de las crisis. Los teóricos keynesianos (J. Robinson, Chamberlin), por su lado, vieron en la competencia monopólica una modalidad del funcionamiento capitalista que le quitaba todo poder explicativo, en el mundo moderno, a la teoría marxista unitaria del valor. Lo que esos autores tienen en común es que consideraron terminado el desmembramiento del mercado mundial, y por consiguiente la esterili-

► Teoría

Naville

dad de un análisis teórico fundado en esquemas abstractos desmentidos, a sus ojos, por las manifestaciones empíricas de la vida económica.

Los ecos de esta discusión no se acallaron todavía. Después de la Segunda Guerra Mundial, la teoría económica se encontró de tal manera obstruida por los hechos surgidos de esa gigantesca sacudida que renunció a cualquier intento de reunir en un solo sistema explicativo una multiplicidad de fenómenos imprevistos. ¡Qué paradoja! En el momento en el que se dibuja –mucho más claramente que en la época de la ascensión europea de una economía capitalista, es decir, cuando Marx escribió *El capital*– la unidad de una economía de transición verdaderamente mundial, los teóricos se declaran impotentes para dominar una diversidad de apariencias que no estaba en el programa. Los que cantan loas al “neocapitalismo”, a la economía “moderna”, acumulan las descripciones para concluir que el capitalismo clásico no existe más. Los apolo-gistas del campo “socialista”, extendido a una pluralidad de “socialismos en solo país”, empiezan la búsqueda de un principio específico para explicar sus propios desengaños, sus éxitos y sus contradicciones. Unos y otros protestan contra todas las fórmulas de integración en el momento mismo en que cada uno de ellos es impulsado a buscar una integración que manifieste justamente la persistencia, e incluso la supremacía indiscutible, del mercado mundial.

Este caos resucita una vez más las controversias sobre la historia, sobre las discordancias entre coyuntura y estructura, sobre la validez universal de las leyes económicas, sobre el carácter específico de los procesos particulares, sobre las formas económicas del socialismo. A pesar de las tendencias contrarias, alimentadas por el flujo constante de datos estadísticos, el espíritu científico exige el recurso de una teoría general, y en consecuencia un método único de análisis y de exposición.

Los teóricos de la economía política burguesa, incluso los más vanguardistas, no intentan ocultar su incomodidad. Se remiten a esquemas superficiales para tratar de mantener la hipótesis de una evolución comparable en todas las formas económicas particulares. Los criterios varían: para unos, las economías son comparables (de Estado a Estado, subrayo) sólo por su tasa de crecimiento (en cantidades y en valor monetario); para otros, es el grado de industrialización y de productividad de los procesos de producción el índice común a todas; para un tercer grupo, son las fases que atraviesan los modos de consumo, finalizando por la supremacía de los servicios llamados terciarios las que señalan los progresos comparativos entre sistemas diferentes; los últimos priorizan las tendencias a la convergencia de las economías como signo de su disparidad o de su isomorfismo.

Los teóricos de la economía socialista de Estado son igual de superficiales, aunque de otra manera: hablan de las tradicionales oposiciones entre los “dos mundos”, corregidas por el principio de una inofensiva “coexistencia”; excluyen del socialismo tanto las economías de las antiguas colonias europeas y de los países subdesarrollados como las de sus vecinos (Yugoslavia, la URSS y China, por ejemplo, se han definido mutuamente, en diversas épocas, como “restauradoras del capitalismo”, “progresistas”, “socialistas” e incluso “racis-

tas”) y las de sus enemigos o rivales. Es difícil entender en qué las leyes que administran su economía son verdaderas leyes: la planificación, considerada como tal, se sobrepone y se yuxtapone a ciertos modos capitalistas de producción y de reparto de la plusvalía, más que sustituirlos completamente.

Todo esto apenas disimula un retorno al empirismo (incluso cuando se interpretan sus datos en el lenguaje de cálculos cada vez más complejos), absolutamente contrario a las concepciones metodológicas de Marx. De manera que antes de preguntarse, un siglo después de la publicación del primer libro de *El capital*, si la metodología marxista es todavía válida hay que responder al desafío del empirismo exponiendo sus debilidades.

El empirismo, es cierto, encuentra una suerte de excusa en ciertos procesos recientes de dirección de la economía. La multiplicación de los poderes de decisión, las previsiones calculadas, el campo extendido de las intervenciones administrativas, burocráticas y estatales, el uso de calculadoras de gran potencia, la frecuencia, la multiplicidad y la particularidad de los inventarios y censos de todo orden, hacen tanto por extender el dominio del empirismo como por darle una apariencia de teoría. Lo que se constata o lo que se *prescribe* por estos medios es rápidamente tenido por ley. Lo que se llama ley supone reglas de funcionamiento calificadas de axiomáticas e incluso “inmanentes”. Pero un amontonamiento de leyes y normas tan a menudo revisadas bajo la obligación de imperativos inmediatos no es una teoría.

Se llama “guía para la acción” a un conjunto de procedimientos y preceptos extraídos de datos heteróclitos. El arte de la persuasión, el virtuosismo en la argumentación, las interpretaciones obligatorias se imponen frente a la lógica y sus demostraciones. En definitiva, es la razón de Estado –tanto como las razones de los Estados– la que se impone a las investigaciones de la teoría: los sabios necesitan de muy poderosas virtudes para resistir, y oponen a esas investigaciones deducciones que deben su fuerza sólo a la ciencia. ¿La teoría unificada de la economía mundial aparece como una ilusión en estos días? ¿Sólo la teocracia científica tiene el poder de unificar? El problema es que se separan los datos empíricos de la teoría, que se elabora así fuera de ellos e incluso contra ellos.

El empirismo tiene sin embargo una ventaja cuando se limita a la economía: usa datos cuya medida es neta (precios, salarios, moneda, productos, etc.). Pero extendido al dominio de la psicología o la sociología, las definiciones que usa carecen muy a menudo de precisión, o son puramente verbales, y caen fácilmente en la *ideología*.

Lo que hace la fuerza y la fecundidad de la teoría marxista, casi inadvertidas hace un siglo, es justamente que Marx supo analizar, y criticar, la economía política desembarazándola de la escoria empírica de la época, de las apariencias y de las anécdotas, de los sofismas y las apologías. Hizo hincapié en dos puntos esenciales: primero, considerar el régimen del capital y el salariado como un caso puro, un “modelo”, el único capaz de soportar una auténtica teoría; y luego, encarar la economía mundial como un todo. Esas dos posturas son solidarias. Lo que esta visión tenía de audaz se comprende mejor hoy que hace cien años.

► Teoría

Naville

Hacia la mitad del siglo XIX había ya una ingente cantidad de datos empíricos, en los que se solazaban los economistas sociales. Las ciencias matemáticas, lógicas y físico-químicas proponían todavía pocos procedimientos o métodos para sistematizar esos datos. Marx se inspiró en la *Lógica* de Hegel y en las tablas de Quesnay, más que en las matemáticas. Pero fue intransigente con su propio método: una lógica dialéctica, algebrizable o formalizable. Es lo que lo transformó en un precursor.

Por otra parte, el planeta estaba lejos, entre 1850 y 1870, de haber caído entero en la corriente de las relaciones capitalistas. Es a partir de la Europa occidental industrializada (y del este de los Estados Unidos de América) que pudo descubrirse una perspectiva universal del desarrollo económico, y es a partir de eso que las relaciones socialistas pudieron comenzar a entrecruzarse. El mercado mundial se imponía más por su extensión y su estructura que por su superficie. Sin embargo, a partir de ese nudo, de ese polo único de impulsos y obligaciones, Marx elabora un modelo destinado a regir el planeta. ¿Qué son, hacia mediados del siglo XIX, los asalariados del empresario capitalista? De un quinto a un cuarto de la población activa de la Europa industrial; una cantidad desdéniable en otras partes. Hoy, son del 70 al 100% en toda Europa y en América del Norte, del 20 al 30% en otras partes del mundo.

Queda preguntarse si se puede, hoy, teniendo en cuenta lo antes destacado, elaborar un modelo general de la economía mundial; en qué medida, y con qué significado. A mi juicio, esta tentativa es posible, y lo es precisamente sólo si se vuelve a la metodología de Marx, aplicable en las nuevas circunstancias.

Primero, para encontrar la raíz común al desarrollo y las crisis de las relaciones capitalistas, del socialismo de Estado y de los regímenes mixtos, es necesario renunciar a encontrarla en el encadenamiento histórico de los hechos, o en la descripción inmediata y local de los fenómenos. Hay que recurrir a un esquema abstracto. Si Marx hubiera comenzado por incluir en su exposición teórica las formas propias del capital comercial aquí y allá, la agricultura de subsistencia allí donde estuviera extendida, etc., no habría podido presentar un modelo de relaciones capitalistas puras. Por supuesto, una vez establecido el modelo teórico, uno debe mostrar hasta qué punto los diversos datos concretos dependen de él, cuáles son las formas prácticas de las transformaciones en curso.

Una vez establecido esto, hay que buscar si a la economía mundial presente le hace justicia un modelo único, y si la respuesta es afirmativa, cuáles son los postulados admisibles. Más o menos todas las obras didácticas de economía, en los países del socialismo de Estado, capitalistas, y otros, establecen una dicotomía de principio.⁶ Dan una descripción del sistema capitalista anatómica y fisiológicamente separada de la del sistema socialista (o que se considera como tal). Cada sistema parece funcionar en un mundo particular, irreductible y autónomo. Estos dos mundos teóricos tienen entre ellos sólo relaciones cir-

⁶ Este error fue repetido por un autor que se considera trotskista, E. Mandel (*Tratado de economía marxista*, 1962).

cunstanciales de “coexistencia” o de antagonismo, es decir, sólo comerciales. Es cierto que algunos autores admiten que los dos sistemas tienden sobre ciertos puntos a “converger” e incluso a “juntarse”, o al menos a combinar elementos de ambos por adulteración, pero no precisan el mecanismo de esta convergencia o de esta combinación, ni su origen.

Este punto de vista fue establecido por Stalin mucho antes de la guerra⁷ y codificada por él después de la guerra en su trabajo sobre *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, y sigue siendo considerado un dogma en la URSS. Según esta postura, existen dos sistemas económicos *mundiales*, que operan sobre dos mercados *mundiales*. Cada uno de ellos funciona de manera autónoma según sus propias leyes objetivas.

Esta concepción no tiene ningún valor, ni en la teoría ni en la práctica. En la teoría, habría que explicar primero muchas cosas: a menos que se admita el dogma del “socialismo en un solo país” –resurrección del *Estado comercial cerrado* de Fichte o de List– habrá que suponer que algunas fórmulas algebraicas de Marx (producto social = $c + v + p_l$, por ejemplo) no son válidas universalmente. En ese caso, habría que demostrar por qué han dejado de ser válidas en las relaciones socialistas de Estado, siendo que usualmente se las utiliza. Luego, habría que probar que la raíz de las diferencias entre regímenes socio-económicos reside sobre todo en los modos de propiedad. Finalmente, habría que proveer de leyes de estructura propias a las relaciones socialistas, extraídas de las formas actuales de la economía de los países que se consideran socialistas e incluso comunistas. Ninguna de estas tesis es demostrable hoy.

De manera práctica, e incluso puramente descriptiva, debemos también destacar ciertos hechos importantes. Primero, es una paradoja curiosa que la mayoría, por no decir la totalidad, de las leyes, funciones y mecanismos descubiertos por los teóricos del socialismo de Estado hayan sido extraídos directamente del análisis de *El capital* de Marx. Estas leyes, dicen, sufren modificaciones, pero subsisten en esencia. La ley del valor, admiten, conserva hoy una validez universal; sin embargo, no jugará el mismo rol de regulador en el capitalismo y en el socialismo. ¿Se trata de variantes, de divergencias, o de una diferencia radical?

Luego, ningún “campo”, ningún grupo de Estados, ningún “mundo” puede hoy envanecerse de una homogeneidad real propia, al menos en materia económica. Los socialismos de Estado presentan una diversidad de regímenes que llega hasta la hostilidad instalada entre ellos (por ejemplo China y la URSS). La competencia se ejerce en ese mundo igual que se manifiesta en otras partes, aunque sea de otras formas. Ningún teórico osaría hoy presentar un análisis general del funcionamiento del conjunto de esos grupos de Estados. Esta imposibilidad está reforzada por la existencia de una serie de Estados cuya definición económica es de una complejidad indudable: la India o las naciones árabes, por ejemplo, o Yugoslavia.

⁷ Ver mi crítica de 1938, p. 517. La retomé en 1952 (cf. *La clase obrera y el régimen gaullista*, 1964, pp. 357-391).

► Teoría

Naville

¿Es necesario, entonces, en estas condiciones, quedarse en el empirismo? Es lo que ocurre un poco en todos lados. Esto no impide estar atado por exigencias políticas, normas sociales, dogmas de Estado calificados como abusos de la teoría o incluso de los principios. El respeto de esos dogmas reviste muchos aspectos: de la obligación brutal hasta la sutileza del *dejar decir* aparente. Al punto de que hablar de una *teoría general de la economía de transición* más allá de las anteojeras que impone el Estado es blasfemar, incurrir en el estigma del cosmopolita.

En los medios capitalistas, la regla es simple: como la evolución económica de la URSS es un caso aberrante, cualquier teoría general debe hacer abstracción de ella; o mejor, usarla como contraprueba o prueba por el absurdo. En los socialismos de Estado, la regla es igualmente clara: como el sistema capitalista está por definición en estado de descomposición y de crisis endémica, su muerte latente lo mantiene fuera de una teoría general de la economía socialista, presente o futura, porque ésta responde a sus propias leyes, irreductibles a cualquier proceso que se desarrolle por fuera de ella.

Este dilema es alimentado y apenas corregido por el empirismo de comparaciones desprovistas de alcances profundos, significativas tal vez en política o incluso en moral, pero nulas en teoría social.

Esta posición nos lleva de nuevo a los debates sobre la posibilidad, de derecho y de hecho, en la teoría y en la práctica, de buscar la raíz común a todas las evoluciones económicas, cualquiera sea el modelo que tomen como referencia. Admitir *a priori* que ese modelo sea lógicamente inconcebible es volver al método que opone la historia a la estructura, el mundo capitalista al mundo no capitalista, las relaciones socialistas puras a las relaciones capitalistas puras. Es alejarse de los principios lógicos establecidos por Marx, que no ha considerado jamás las oposiciones y las contradicciones, por fundamentales que fuesen, por fuera de la unidad que ellas implican y que las suponen.

El esfuerzo científico que la situación exige es volver a un análisis de la economía mundial entera. Este análisis no es en absoluto indiferente a los modos de transformación de las estructuras; muy por el contrario, sólo este análisis puede explicar esas transformaciones. Si llamamos relaciones socialistas a las que sustituyen a las relaciones capitalistas, debemos sin embargo saber que esas relaciones nuevas se establecen, en el curso de un período de transición, tanto por la transformación del modelo capitalista clásico como por la transformación del modelo socialista de Estado y el efecto recíproco (e incluso solidario) entre ambas.

A esto no puede hacerse, me parece, más que una sola objeción de método pertinente, a saber: el período actual es poco propicio, en razón de su carácter transitorio y de sus mutaciones aceleradas⁸, para una formalización del género de la que Marx elaborara desde 1850. Para usar el vocabulario de los saintsimonianos, estamos en una época *crítica* y no en una *orgánica*. Los períodos crí-

⁸ ¿Aceleradas? Me pregunto si esta impresión no es una ilusión. No vemos más que los accidentes, los detalles, las modas, lo inmediato, lo sensacional... Me pregunto qué es lo que se acelera.

ticos se prestarían menos que los otros a la elaboración de un modelo global, formalizado. Es preciso que un modelo se apoye sobre una realidad *orgánica*, constituya un conjunto funcional bien definido e incluso estable por un largo período si uno aspira a darle forma coherente. ¿Tiene la época actual este aspecto orgánico? Según los empíricos y dogmáticos de Estado, es justamente lo que le falta. Época revolucionaria, atravesada por rupturas y conmociones rápidas, todo en ella parece oponerse a una generalización de su modelo de funcionamiento global. Será necesario esperar a que se imponga una fórmula mundial durable, si no definitiva, universalmente reconocida (socialista o no) y que el mundo salga de una fase crítica para alcanzar un estado orgánico, si se quiere tener el derecho de elucidar una teoría.

Descartemos esta objeción. Primero, la metodología científica nos indica que un modelo teórico, aun imperfecto, es siempre posible si es capaz de describir una estructura y su funcionamiento, si las demostraciones que se extraen de él prueban algo. *Los modelos de los estados críticos, de las fases de transformación, pueden ser tan rigurosos como los otros.* Si para el historiador hay caos y confusiones en la vida de los pueblos, para el pensamiento científico no existe más que órdenes, cambios y combinaciones de órdenes.

En segundo lugar, los modelos deterministas tal como se los concebía a mediados e incluso a fines del siglo XIX no son más que casos particulares de modelos generales o de casos entre otros casos. Dando vuelta la perspectiva epistemológica, los períodos “críticos” pueden considerarse, bajo ciertas condiciones, como generadores de modelos más generales que los períodos “orgánicos”, porque comprenden a la vez sistemas o subsistemas estables y sistemas metaestables, sistemas aleatorios de diferentes tipos, etc. El modelo “orgánico”, en el sentido en que esa palabra era usada en los tiempos de Marx, está englobado, según los mismos principios, en modelos a la vez más variados y más generales. En suma, los estados estables se transforman en los accidentes de los estados de transformación.

En tercer lugar, a veces, por un efecto de óptica social o de distorsión histórica, lo que parece orgánico en el momento es luego considerado crítico, o a la inversa. Esta relatividad de la perspectiva fue muy bien comprendida por Marx, que reemplazaba las sucesiones cronológicas de acontecimientos por las filiaciones de categorías, de suerte que alguna de ellas, que formaba parte de un sistema en el curso de un cierto período “crítico”, pudiera ser el elemento “orgánico” del sistema prevaleciente en el curso de un período siguiente o incluso anterior. Por ejemplo, el salariado en uso en el ejército romano, según el ejemplo de Marx, era un elemento inorgánico y absolutamente subordinado en la economía de los romanos, pero se transformó en el elemento fundamental y el centro de la explicación en las relaciones capitalistas cuando tomó forma orgánica.

Agrego que los tipos de contradicción inherentes a períodos orgánicos diferentes presentan características diferentes; por el hecho mismo de las oposiciones en el modelo, lo que aparece como orgánico (o estructural) es también crítico, es decir, sujeto a transformaciones. Así, las contradicciones sociales inhe-

rentes a las relaciones capitalistas se transforman en particularidades “críticas” propias de los socialismos de Estado.

¿Qué puede significar entonces la búsqueda de un modelo general de desarrollo en el mundo actual? ¿Se trata de encontrar una fórmula que “concilie” eclécticamente datos extraídos de relaciones capitalistas y de relaciones no capitalistas? ¿De elaborar un modelo general en el que esos dos tipos de relaciones no sean más que casos particulares? ¿O incluso, al esbozar simplemente las vías de convergencia entre ellos, el modelo general no es más que el objetivo posible de una próxima época? Ninguna de estas preguntas es absolutamente ociosa. Todavía falta plantear antes otra cuestión, fundamental, que es también, hasta cierto punto, una cuestión de método.

Esta cuestión es la siguiente: si nuestra perspectiva tiene sentido, ¿cuál es la relación a partir de la cual se explican hoy las transformaciones en curso de los dos lados? No se trata de buscar uno o varios *efectos comunes* a los dos modelos económicos, sino de encontrar la *raíz* de las transformaciones que envuelven esos modelos y prefiguran sin duda un tercero. Apartemos ahora todo lo que toma como punto de partida la naturaleza de los dos regímenes políticos. Montesquieu podía comenzar *El espíritu de las leyes* con una tipología de los gobiernos y de sus relaciones morales. Hoy eso es una empresa prohibida. Eliminemos también todo lo que se relacione con las esferas del consumo y de la distribución, y por supuesto lo que se refiere a la cultura y a las distracciones del ocio, aunque, menos paradójico de lo que parece, la comunidad universal de las formas del disfrute es evidente. También todo lo que tenga que ver con los precios y la moneda. Suspendamos igualmente al principio el examen de los regímenes de propiedad tal como los define el derecho.

Es necesario reconstruir un modelo que sea la fuente de todo eso, y no su efecto. Esta fuente reside allí donde Marx la identificó: en las formas de producción y de apropiación de la plusvalía, o sobreproducto, creada por un gasto de capacidad de trabajo desmultiplicado por un conjunto de herramientas de alta productividad. Esta fuente de toda vida económica y social tiene hoy mecanismos mucho más complejos que los que podían preverse hace un siglo: las extensiones demográficas y tecnológicas (científicas) le dieron dimensiones casi imprevisibles, sin alterar su principio, activo todavía para largos decenios. Ella explica también las nuevas formas de explotación de los hombres por los hombres, explotación mutua de un nuevo tipo cuyo estudio constituirá la obra de las generaciones venideras.

5. UNIDAD DEL SISTEMA E INTEGRACIÓN

¿Podemos decir que la unidad del sistema supone una estructura integrada? La integración, como forma social, es un movimiento constante de subconjuntos que se transforma en un conjunto de mayor extensión y que responde a las mismas leyes; la universalidad es su fin. Las clases sociales universales fundan su existencia en esta universalidad postulada. El salariado de una parte del planeta es solidario del de cualquier otro punto.

La economía burguesa o burocrática, los Estados políticos, tienen una visión más estrecha. Reunir territorios bajo la misma mano, forzar intercambios comerciales, elegir los socios, asociar a los iguales, excluir a la competencia, eso es lo que llaman "integrar".

Venimos entonces a expresar la integración de las economías nacionales (capitalismos y socialismos de Estado) por la abolición de las discriminaciones en los intercambios de bienes, de servicios o de hombres entre unidades económicas o Estados.[9] Esto supone reglas comunes a todas las partes y el control común de esas reglas; de allí el debilitamiento de las soberanías del Estado. Cooperación, alianza, comunidad, bloque, esos *avatares* del Imperio ocultan apenas la persistencia del objetivo perseguido: la integración, en la que por lo general el más débil sufre la ley del más fuerte, a corto plazo al menos. El Mercado Común de la Europa Occidental, la zona del dólar, el Commonwealth británico, el Comecon, la Alianza del Atlántico, todos esos tipos mixtos de economía y estrategia, de poderío y debilidad, tienen el mismo tipo de extensión.

¿Qué se quiere decir cuando se intenta descentralizar lo que la naturaleza de la técnica y de la economía unifica y centraliza? O es un señuelo, o un equilibrio precario, o el deseo de que cada uno tenga la posibilidad de expresarse, allí donde esté (tipo de democracia que no conocemos todavía, si estuviera a nuestro alcance, cosa de lo que podemos dudar).

Integrar es la última palabra de los regímenes antagónicos de un mismo sistema.

6. EL TRABAJO, PRINCIPIO RECTOR

El principio rector en el que debemos confiar es la actividad que se conoce con el nombre de trabajo. Sería ocioso consagrarle hoy más que unas pocas líneas a su definición. Es su función lo que nos interesa. Las energías que mueve, la acción que encara, las modalidades de su ejercicio, la cadena de sus efectos, los límites de su eficacia, todo eso debe ser el objeto de la investigación si se quiere saber cómo se explica una sociedad planetaria que se designa socialista en algunos de sus fragmentos, liberal o democrática en otros, y a veces como estatista, popular e incluso capitalista, pero cuyo resorte es en todos lados el rol y el destino del trabajo y de los productos del trabajo humano.

Dos o tres siglos de reflexión en Europa, escritos profundos, críticas lapidarias, luchas crueles, la creación de un aparato tecnológico sin precedentes, nos han puesto en el umbral de explicaciones tomadas cada vez más por verdades. Producir; ésa es la palabra mágica de esta época. Explotar, disfrutar, tener éxito; ésas son las obligaciones nacidas del frenesí de producir. Asegurar la distribución equitativa de los bienes y servicios engendrados por el trabajo de todos; ése es el objetivo que todos decimos perseguir, una vez destruido el estado social que reserva naturalmente los medios del disfrute para los que detentan

9 Ver B. Belassa, *The Theory of Economic Integration*, 1961, y "Towards a Theory of Economic Integration", *Kyklos*, 1961, N^o 1.

los medios de producir, de ejecutar y de dominar. Es eso lo que debemos pelear hoy.

Europa finalmente pudo reservarse el monopolio planetario de la producción. La pobreza de vastas partes del mundo no les impide sin embargo ocultar en sí mismas un formidable potencial de trabajo. Si en ellas falta el capital acumulado, no les faltan medios para acumularlo. El trabajo no es una cosa rara: se pueden contar sus recursos y calcular sus límites, pero no reside allí la rareza. Las fuerzas de trabajo humano disponibles son idénticas a la mayor parte de la especie humana. No serían raras, poco accesibles o poco extendidas sino a la vista de una población enorme que no contribuyera a ellas. Pero, al recubrir en diversos grados la casi totalidad del campo de capacidades humanas, es una capacidad total, y no una rareza.

Además, la fuerza completa del trabajo humano se multiplica, se transfiere, en una fuerza técnica que ella ha creado más allá de los servicios que siempre le ha prestado la domesticación de especies animales y vegetales, y el juego de los movimientos naturales. Las máquinas de nuestro tiempo crean un potencial productivo cuya amplitud comenzamos finalmente a medir; es entonces igual de importante conocer el parque de maquinarias, el catálogo de procedimientos científicos y técnicos y la nomenclatura de los productos que el estado civil de los hombres y su distribución. Una demografía técnica se injerta sobre la demografía de las personas.

El principal efecto del desborde de la civilización europea sobre el mercado mundial es la leva de un nuevo e inmenso ejército de trabajo. Esto se ve mejor hoy que a principios de siglo. Estamos acostumbrados a definir la expansión europea por los rasgos que la convierten en inmediatamente beneficiosa y gloriosa: conquista militar, proselitismo cristiano, dominación comercial, saqueo de las riquezas exóticas; además, asentamientos humanos en regiones alejadas, traslados de poblaciones, exportaciones de capitales, beneficios inauditos extraídos de los monopolios coloniales. Pero todo eso anuncia otra cosa. De guerra mundial en guerra mundial, de partición el mundo en reparto del mundo, esta expansión hizo surgir una potencia nueva en los pueblos cuya existencia no es más que el reflejo de la de sus conquistadores. Esta potencia se desencadenó luego de la revolución rusa de octubre de 1917, se reforzó con las colisiones europeas e imperialistas, se expandió desde que las empresas de Europa implantaron en ultramar las industrias necesarias para darles a los pueblos emancipados conciencia de lo que ellos podían ser a partir de su propia fuerza de trabajo.

Miles de nuevos trabajadores, de futuros asalariados; eso es lo que el imperialismo europeo arrojó sobre el mercado mundial, y es lo que es socialismo recoge. La mayoría de los capitales abandonan los lugares donde se ha creado, pero dejan tras de sí surcos de fuerzas trabajadoras, de capacidades que maduran. Esta amenaza es más peligrosa para las viejas metrópolis que las riquezas rivales, todavía débiles. Es el trabajo mundial que reclama de aquí en más sus derechos. Los reivindica contra Europa y América, que le han mostrado la fórmula, y también contra aquellos que comienzan a negárselos en su lugar de origen.

¿Qué anuncian las resistencias militares de las antiguas colonias, sus victorias en Asia y en África? Que los hombres que combaten quieren también trabajar por su cuenta. Frustrados, proscritos, sometidos, concentraron primero en la conquista de la libertad una energía que debe transformarse en el resorte de las creaciones del trabajo, y por él en una nueva alegría de vivir. Ese programa es la inmensa pelea del mañana.

Todas las políticas acerca de las cuales se debate (independencia económica, planes de equipamiento, fijación de precios y de remuneraciones, acumulación de capitales, equilibrios económicos y demográficos continentales) son las manifestaciones de ese fenómeno más profundo: las fuerzas de trabajo mundiales alcanzaron la hora de su liberación. Que se enganchen en la confusión, el error e incluso en la ilusión no cambia en absoluto las cosas. Si el pensamiento económico y social moderno se afirmó en Europa, bajo el nombre de socialismo, en nombre de la transformación radical de las condiciones de trabajo, es de esperar que marche de la misma manera en el conjunto planetario. Es por eso que les doy a los problemas que se plantean en este campo una prioridad lógica, el valor de un principio.

7. EL TRABAJO EXIGE SUMISIÓN

La sumisión mutua, más aún que la sumisión jerárquica, es un principio cristiano. Al menos, de aquellos que los cristianos extraen de sus libros sagrados. "Someteos los unos a los otros en el temor de Dios", dice la Epístola a los Efesios. "Someteos los unos a los otros en la caridad", encarece la Epístola a los Gálatas. Y Pedro, el presunto fundador de la iglesia católica romana, recomienda a sus discípulos que "se sometan los unos a los otros". La sumisión del hombre al hombre, de todos a todos, es tal vez lo que permitió ver en el cristianismo un principio verdaderamente republicano, una democracia y, por qué no, un comunismo.

¡Pero que esta sumisión no altere el orden de las cosas! Que lo confirme, mejor, por su propia virtud. Si el trabajo en el que coopera la sociedad exige que el inferior obedezca a su superior, es necesario que cada uno se pliegue a esta ley sin rechistar. Se trata de un sacrificio, y no de una regla de sociabilidad, de un cálculo de interés, de un mercado ni de un intercambio. ¿Y quién debe consentir el sacrificio? El sacrificado, por supuesto.

La burguesía se amparó en esta moral. Sus legisladores la tradujeron en imperativos para enfrentarse a la guerra de todos contra todos que los desgarraban cada día.

El socialismo europeo, bautizado, encontró esta regla en su herencia, donde es honrada siempre.

Un siglo de combates para terminar con la explotación del hombre por el hombre, sustraerlo de la sumisión de todos a todos, no ha dado fin a sus homilías. Suprema paradoja: es en el país donde el ateísmo es constitucional que esta hipocresía cubre todo, y está prohibido denunciarla.

8. DE UN FETICHE A OTRO

La economía, en la economía capitalista, se transformó en un fetiche; se la reverencia como la materialización de las relaciones sociales de intercambio. En el socialismo de Estado, trabajo y salario se transformaron, a su vez, en un verdadero fetiche bajo la forma etérea de una función. La "función" fetiche es allí una institución. No surge espontáneamente de las relaciones sociales de intercambio de valores, materializadas en la circulación de las mercancías, de la misma manera que en las relaciones capitalistas. Se transformó en dogma de una filosofía de Estado, extendida e impuesta por un clero burocrático: la religión del trabajo. Al ciudadano que adora las mercancías, es decir, el trabajo de otros, se opone el trabajador que se prosterna frente a su propio trabajo.

La burguesía escamotea la explotación del trabajo detrás del destello fascinante de los productos comerciales y la danza fantástica de los precios. El burócrata de la planificación estatal sutaliza las relaciones de explotación mutua y de parasitismo propias al socialismo de Estado detrás de los fantasmas del salario "socialista", la recompensa del trabajo, el honor social, el orgullo del patriota, la medalla de los buenos servidores. El trabajo, constitucionalmente, dejó de ser un castigo. No recubre ningún antagonismo. Se presenta en la pureza de un principio organizador de la justicia social, un símbolo de la armonía económica; se transformó en un fetiche racionalista. Meterse en el bolsillo un salario es recibir la gracia, como hace el cristiano en la misteriosa eucaristía. El salario vuelve al trabajador como la parte sagrada del producto nacional, el certificado de honor de su porción de sudor, consagrada por el clero burocrático que quiere el bien del trabajador reservándose para sí grandes beneficios.

La crítica del trabajo en el capitalismo mudó en adoración del trabajo socialista. El escamoteo de los esfuerzos del obrero detrás de la mercancía que los cristaliza para uso de los que intercambian, y en el capital que los hace fructificar, es reemplazado por una prestidigitación que transfigura esos esfuerzos en un salario estampillado por el Estado.

Este nuevo fetichismo es mucho más refinado que el antiguo. Es más abstracto, como la religión de Mahoma o de Jesús es más sofisticada que la de Arunta o la de Bororo. En la sociedad burguesa la mercancía es un fetiche palpable, objeto que circula de mano en mano, portador de todos los atributos de lo positivo, forma material modelada, resultado inmediato del trabajo. El mercado y la competencia son los medios predestinados de su manifestación; cada uno puede actuar como oferente o demandante; el misterio de la transustanciación de las relaciones sociales en mercancías aparece así como una ilusión inmediata, olida, tocada, sentida.

Cada uno se arroja con avidez sobre la mercancía codiciada, deseada, adúlada: pan de la vida (ya sea el capitalista que adquiere una máquina o el obrero que compra medio kilo de pan, el campesino que busca un bol de arroz, el que quiere dos horas de espectáculo o un hombre que conquista a una mujer). Finalmente se comprende entonces que si el objeto adquirido en el mercado tiene la forma de una mercancía es porque la propiedad del capital y del medio

► Teoría

Naville

de producción permitió al que lo detenta hacer que el asalariado produzca una plusvalía que se concreta en la venta de la mercancía. Se ve en la mercancía un objeto a ofrecer al que más ofrezca o al más astuto; sin embargo, es la forma particular de una relación objetiva entre sujetos, de una relación social de explotación. Se termina por darle la espalda a la crítica de esa relación social para adorar u odiar el objeto que la pone de manifiesto.

En el socialismo de Estado, allí donde existe todavía, la mercancía no depende del enfrentamiento inmediato de la competencia. Los amos del mercado de Estado, los dirigentes del partido, determinan por un plan los precios y las cantidades de ese objeto. La mercancía como tal pierde su antiguo misterio porque pierde su poder de ilusión. Queda desprovista de su viejo carácter religioso, porque ya no disimula las relaciones entre capitalistas y proletarios sino las más abstractas y sutiles entre el productor y el Estado.

El fetichismo, exorcizado en el producto comercializado, se refugia en el ejercicio de las capacidades, el trabajo. Esa transferencia es oscura, porque esta vez es el salario mismo, el equivalente consumible del trabajo, el que se transforma en objeto de culto y pretexto de una religión. El fetichismo del trabajo es al fetichismo de la mercancía lo que el monoteísmo es al politeísmo: el sistema de relaciones sociales no tiene más que una esencia, la del trabajo. Todo es oficialmente trabajo, así como hay un solo dios en las religiones salidas del seno de Abraham.

Las relaciones sociales no se verifican ni bajo la forma de mercancías, ni bajo la forma de salarios, ni bajo la forma de capital y de beneficio. Se resumen en el trabajo, hipostasia del sacrificio y de la recompensa reconciliados, principio y fin de toda existencia. Los misterios repartidos en el capitalismo entre diferentes dioses de la vida económica, como los atributos de la divinidad en el politeísmo, se recogen en un solo dios único y verdadero, encarnación de toda vida social: el trabajo.

Y el trabajo ya no es castigo, sufrimiento y antagonismo, ni tampoco consuelo mitigado; es la redención absoluta, parte del premio, forma de merecer el cielo. Y su símbolo es el salario. ¿Todo trabajo merece salario? A esta ley del decálogo capitalista, el socialismo de Estado opone esta otra: toda alegría es salario. El salario ya no es un premio; es una recompensa, casi un don de todos a cada uno. Es necesario alabarlos como el medio para entrar en el paraíso terrestre. Ya no es el fetiche grosero, el amuleto material, el oro abyecto que acaricia el sórdido avaro y el explotador del trabajo de otros o el bien acumulado por el especulador. ¿Quién podría caer en las trampas ilusorias de la mercancía o del préstamo usurario cuando las clases que hacen de ellos el objeto de su comercio han desaparecido? Es el fetichismo más esencial, más inmaterial, que circula en las propias venas del trabajador estupefacto, pues el burócrata declara: "Tú eres tu propio dios".

Sin embargo, sigue siendo un fetichismo. También encubre relaciones sociales reales. No teme, por otra parte, tomar prestada más de una forma a sus predecesores: el que no trabaja no debe comer, proclaman San Pablo y la constitución de la URSS.

► Teoría

Naville

La mercancía es un fetiche popular. Pero no es el mayor. Es el fetiche primitivo, el más inmediato, pero no el más puro. Y los ciudadanos soviéticos son suficientemente esclarecidos, si no para poder elucidar todos los artificios de sus salarios y de su trabajo, al menos para reconocer bajo los bienes que les ofrecen los bienes consumibles en razón estricta de las rentas que producen: esas rentas son el atributo de categorías, e incluso de clases sociales divididas, diferentes y a menudo antagonistas.

El único dios verdadero, *el fetiche más absoluto*, como Marx lo proclama, es el capital que produce interés. Hacer de la tierra o de la naturaleza la fuente de la renta financiera “suena bastante fetichista”, dice también. En general, la forma superior del fetichismo es la teoría de la economía política sobre la formación y el reparto de la plusvalía. Es entonces en la producción directa de un superávit por el dinero mismo que aparece la forma suprema del fetichismo: “En el capital que produce interés tenemos el fetichismo perfecto”.¹⁰ “En el capital que produce interés el fetiche automático está terminado y nos encontramos con el dinero que se da valor a sí mismo, el dinero que reporta dinero; no hay pasado. La relación social no es más que la relación de una cosa, dinero o mercancía, consigo misma”. La A se transforma en A'. Y abunda: “Es entonces el interés, y no el beneficio, lo que aparece como una creación de valor salida del capital en sí mismo, de la mera propiedad del capital, y en consecuencia, como la renta especialmente creada por el capital. Los economistas vulgares lo consideran así. Bajo esta forma, no hay trazas de intermediarios, es el fetichismo perfecto. Es necesariamente así, porque la propiedad jurídica y la propiedad económica del capital se separan y porque bajo el nombre de interés una parte del beneficio recae en el propietario del capital, un capital en sí mismo que no tiene nada en común con el proceso de producción”.

La mercancía-fetiche supone un ritual visible: el intercambio, una cosa en circulación. El objeto existe sólo por equivalencia con otro, porque puede cambiarse por él. Todos estos intercambios fetichizados tienen su símbolo y su poder propios, como la colección abigarrada de imágenes de santos. Pero con el capital productor de interés todas esas imágenes se confunden en una sola, preñada de su propio poder, como una serie de fotos en un retrato-robot. Lo que Marx llama fetichismo es la cosa como apariencia y fijación de relaciones sociales oscuras. El carácter sagrado de esta cosa es reconocido en toda la sociedad, pero por unos como terror y por otros como deleite. En *El capital* Marx emplea a menudo la expresión en su sentido lato: “La *Chose* (*Das Ding*, dinero, mercancía, valor) aparece como capital, y el capital aparece como simple cosa... En el capital que produce interés, ese fetiche automático está entonces plenamente desarrollado, el valor que fructifica, el dinero que engendra dinero, y no se puede encontrar el menor vestigio de su origen. *La relación social está terminada, en tanto que relación de una cosa consigo misma*” (Libro III, cap. 25).

¹⁰ Ver en las *Teorías de la plusvalía*, t. VIII, p. 123, y en *El capital*, libro III, todo lo que concierne al capital que produce interés.gg

► **Teoría**

Naville

Y más adelante: "Más aún. Mientras que el interés no es más que una parte del beneficio, es decir, de la plusvalía que el capitalista en funciones arrebató al trabajador, el interés aparece ahora como el fruto real del capital, como el elemento primitivo, y el beneficio, transformado en beneficio de empresario, aparece como algo accesorio que se adjunta en el proceso de reproducción. Aquí, la forma fetiche del capital y el concepto del capital-fetiche están terminadas. En $A = A'$ la forma vacía de concepto de capital, la inversión y la cosificación de las relaciones de producción se muestran en su más prístina claridad: la forma productiva de interés, la forma simple del capital, en la cual estaba sumido antes en su proceso de reproducción; la propiedad del capital (y de la mercancía) de aumentar su valor independientemente de la reproducción, la mistificación del capital en su forma más evidente".

El capital frutificando como tal, el fetiche perfecto, automático, absoluto, no necesita un objeto material, una mercancía, para objetivarse como potencia. Ya no es un fetiche-cosa, favorecido por la posibilidad de ser percibido por los sentidos. Es un fetiche absolutamente espiritual, porque la cosa a la cual corresponde es abstracta: el capital dinero, reducido al signo de escritura, separado del proceso de producción, que engendra según las leyes de partenogénesis. Ya no es un signo visible, como en la mercancía que el industrial ha hecho producir gracias a él. Es un símbolo, un emblema. El fetichismo alcanza ahí su culminación porque la objetivación es ella misma una abstracción: el capital en estado puro.

Los filósofos fueron negligentes con ese remate del fetichismo en el capital puro porque limitaron a la mercancía lo que Marx dijo al respecto. Sin embargo, es a partir de ese remate que se puede comprender *cómo el fetichismo absoluto del capital puede transformarse en fetichismo del trabajo*. En efecto, en el préstamo a interés el dinero-capital tiene también un valor doble (porque puede transformarse en mercancía, ser prestado): valor de uso y valor de cambio y en eso *se parece a la fuerza de trabajo*, que no puede ser totalmente vendida sino sólo prestada. *El capital se cede, se aliena, en las mismas condiciones que la fuerza de trabajo*. Lo que permite también decir que el fortalecimiento de la fuerza (o capacidad) de trabajo por fuera de las relaciones mercantiles capitalistas puede dar lugar al mismo género de fetichismo que la fructificación del capital en sí mismo por fuera de las relaciones de intercambio ordinarias de la mercancía. Es el fetichismo del trabajo que se desarrolla en los socialismos de Estado: la Santa URSS y la China Celeste, con su cortejo de satélites, lo reverencian.

Marx es explícito.¹¹ El capital que produce interés es prestado. ¿Pero qué es lo que el capitalista presta o aliena?¹² Aliena el *uso*. En una venta ordinaria de mercancía, no es el valor lo que se vende, porque hay simplemente cambio de

¹¹ *El capital*, t. III, cap. XXI.

¹² En todas esas páginas Marx no habla de alienación en el sentido metafísico. Usa la palabra *veraussern*, alienar en el sentido jurídico, y no *entäussern*, que es el término de Hegel, empleado también por Marx en su juventud y en el primer borrador de *El capital*.

► Teoría

Naville

la forma del valor. “Lo que el vendedor aliena efectivamente, y lo que en consecuencia entra en el consumo individual o productivo del vendedor es el valor de uso de la mercancía, la mercancía como valor de uso”. Igualmente, el capitalista prestador de dinero aliena por la duración del préstamo “el valor de uso que el dinero adquiere del hecho de su transformación en capital, de la posibilidad que le es dada de funcionar como capital, de producir una cierta plusvalía, el beneficio medio (lo que está por arriba o por abajo aparece aquí como un mero accidente) y de conservar además su valor original. Con las otras mercancías, el valor de uso es finalmente consumido, y ese valor desaparece con la sustancia misma de la mercancía. La mercancía capital presenta, por el contrario, la particularidad de que, por el consumo de su valor de uso, su valor y su valor de uso no sólo se conservan sino que crecen”. Esto es así en el capital puro y en la capacidad de trabajo, y no sin razón.

He ahí un fenómeno hartamente interesante. Porque la forma del capital de préstamo se transforma en dominante con el crecimiento del capital financiero, el desarrollo de la Bolsa, etc. Marx y Engels vieron la aurora de ese desarrollo, que tiene hoy un ritmo acelerado y generalizado, provocando su crisis con el desarrollo del autofinanciamiento industrial, es decir la reinversión directa de una parte creciente del beneficio del empresario, que deja entonces de recurrir directamente al capital de préstamo. El empresario es entonces su propio prestamista. Se atribuye una parte del valor de uso del capital al mismo tiempo que su valor de cambio. El Estado también se transforma cada vez más en prestamista: garantiza los empréstitos, financia el comercio, sostiene los precios, alimenta enormes sectores industriales (sobre todo en armamentos y servicios públicos), es competencia de los bancos privados y llega incluso a controlarlos, como al conjunto del crédito, por el mantenimiento de las tasas de negociación y de interés y los institutos nacionales.

En el socialismo de Estado, la concentración del crédito y de las inversiones está terminada. El Estado, cuando se mete con las inversiones, “presta” el valor de uso del capital, no a los capitalistas privados sino a asociaciones como los koljoses o a los directores de empresas industriales, es decir, a sí mismo considerado como poseedor de todos los bienes de producción, encargando a esas empresas hacer fructificar ese “préstamo” por el trabajo vivo.

Cuando Marx dice que el capital de préstamo no es consumido, que su valor (de cambio) no desaparece, sino que sólo su valor de uso es consumido, lo que le permite reaparecer bajo la forma de una parte mayor de la plusvalía extraída del trabajo vivo (que se transformará en el interés), hace abstracción de las amortizaciones y la usura. Éstos, en efecto, interesan al empresario, el capital en función, y no al prestador (la cuestión es distinta cuando el que presta es el Estado, o cuando el Estado es él mismo empresario, como en la URSS, porque es él entonces el que debe poner la amortización en la contabilidad).

Pero el valor de uso del dinero no reaparece sólo en la plusvalía; se reconstituye también en el dinero-capital. El dinero es una suerte de mercancía, pero de un tipo doblemente especial: porque es sólo *prestado* para el uso o el servicio, y porque su valor de cambio *crece* después del uso. Con la mercancía con-

► Teoría

Naville

sumida se produce lo contrario: el objeto es cedido como una propiedad móvil y destruido por el consumo; en consecuencia, su valor de cambio desaparece después del uso. Este análisis indica una evolución importante.

Marx destaca aquí algo esencial: *“Desde este punto de vista, el dinero prestado presenta una cierta analogía con la fuerza de trabajo en sus relaciones con el capital industrial, con la diferencia de que este último paga el valor de la fuerza de trabajo, mientras que simplemente reembolsa el valor del capital prestado. El valor de uso de la fuerza de trabajo consiste para el capitalista industrial en producir, por su consumo, más valor que el que tiene o cuesta. Este excedente de valor constituye su valor de uso para el capitalista industrial. Y el valor de uso del capital dinero prestado aparece igualmente como su propiedad de producir y acrecentar el valor”*.

Marx declara también: *“El dinero, respectivamente, la mercancía, es en sí un capital en potencia, tal como la fuerza de trabajo es un capital en potencia. En efecto: 1) el dinero puede ser transformado en elemento de producción y no es, tal como se presenta, más que su expresión abstracta, su existencia como valor; 2) los elementos materiales de la riqueza tienen la propiedad de ser ya capital potencial, porque su contrario y complementario, el trabajo asalariado que los transforma en capital, existe ya en la producción capitalista”*.

Y lo que sigue ayuda a comprender mejor la analogía que se establece entre el capital puro y la fuerza de trabajo, *desde el punto de vista de su carácter de fetiches mutuos*: *“La determinación social contradictoria de la riqueza material –su oposición al trabajo en tanto que trabajo asalariado– está ya, independientemente del proceso de producción, expresada en la propiedad capitalista en sí. Ésta no es más que un momento, separado del proceso de producción capitalista en sí mismo, del cual es resultado constante e hipótesis constante, que se expresa en lo que el dinero, al igual que la mercancía, tiene de capital en sí, de capital latente potencial; en que el dinero y la mercancía pueden venderse como mercancía; que bajo esta forma representan el mando sobre el trabajo de otros, la posibilidad de apropiárselo; en suma, de su valor productivo. Se sigue claramente de esto que allí reside el derecho y el medio de apropiarse el trabajo de otros, y no un trabajo cualquiera como contravalor de la parte del capitalista”*.

Es, en consecuencia, como capital puro independiente del proceso de producción capitalista, es decir, como capital productor de interés, polarizado por la capacidad de trabajo pura sin relación con las formas que toma como trabajo asalariado, que la relación social aparece como doble fetichismo, perfecto y automático, porque aquí el valor parece crecer a partir de sí mismo –como el peral tiene sus peras, dice graciosamente Marx– y este crecimiento aparece separado de las formas concretas de producción.

Al suprimir sólo la forma mercancía clásica en las relaciones capitalistas, el socialismo de Estado no hace más que eliminar sólo una forma inferior de fetichismo social. Metamorfosea el capital en *“acumulación socialista”* y fondos de inversiones, pero no suprimió el fetichismo del capital, que es presentado como productivo, independientemente de toda relación social. En

► Teoría

Naville

fin, al separar el trabajo de toda relación social, hizo de éste el fetiche perfecto. Los ideólogos estalinistas creyeron que porque “suprimían” la mercancía capitalista en los principales sectores de la producción de los medios de producción, manteniéndola como consumo privado, abolían el valor de cambio como forma objetiva no dominada, y al mismo tiempo todo fetichismo social.

Pero el fetichismo tiene una fuente muy profunda, porque, como dice Marx, no está realmente acabado hasta que no surja de formas absolutamente abstractas y “puras” de relaciones sociales: el capital puro y el trabajo puro. Fetichizando el trabajo puro, Stalin y su escuela hicieron lo mismo que la burguesía: desviaron, a golpe de *nagaika*, a los trabajadores soviéticos de la crítica de las relaciones sociales en las cuales viven. Mistificaron el trabajo como la burguesía mistificó el capital, y por las mismas razones: porque el trabajo vivo es la fuente real del valor (de cambio y de *uso*) y el trabajador, incluso sometido a la explotación mutua en el Estado sin capitalistas privados, no debe aprender a criticar el modo de producción en el seno del cual produce y sigue siendo explotado.

Es en una discusión relativa al interés en Ricardo, en el primer borrador de *El capital* (redactado hacia 1858), que se ve nacer la idea del fetichismo social en Marx. Ricardo escribió: “... según que el capital sea más o menos percedero, que deba ser reproducido con mayor o menor frecuencia en un lapso determinado, se llama capital circulante o capital fijo”. Y Marx objeta: “... es como decir que una cafetera es capital fijo, pero el café es capital circulante”. El materialismo grosero de los economistas, al considerar las relaciones sociales entre los hombres y el destino que reciben las cosas, tanto como comprendidas en esas relaciones cuanto como *propiedades naturales* de las cosas, denota un idealismo igualmente grosero, llegando al fetichismo, que atribuye a las cosas relaciones sociales como destinos inmanentes, y así las mistifica (la dificultad de definir un objeto cualquiera como capital fijo o circulante de acuerdo con su composición natural hizo surgir, excepcionalmente, en los economistas la idea de que las cosas en sí mismas no son ni capital fijo ni circulante, es decir, no son en absoluto capital, aun cuando el oro tiene la propiedad natural de convertirse en moneda).¹³

El economista soviético, el ideólogo estalinista, procede igual: detrás de su idealismo burocrático se esconde un materialismo grosero. Ya no es el capital lo que se esconde detrás de la cafetera, fija o circulante; es el trabajo, porque hizo desaparecer el capital por hipótesis, y la burocracia hace vivir a los trabajadores, gracias a cien millones de aparatos de radio y televisión, en el reino de las armonías económicas. El obrero soviético, al contemplar su samovar, no debe preguntarse si es capital fijo o circulante, si es una mercancía, sino simplemente si representa bien una parte de los frutos del trabajo a la cual tiene derecho.

¹³ *Grundrisse de Kritik der politischen Oekonomie* (1857-58). Traducción francesa: *Fondements de la critique de l'économie politique*, 1967.

► Teoría

Naville

Lo que marca el carácter fetichista del trabajo en al URSS es justamente que ahí no se habla más que de “trabajo”, entidad confusa de la cual la burguesía se sirvió siempre y que Marx analizó para desmitificarla y concebir su metamorfosis. Los fetichistas del trabajo han llegado incluso a una noción aún más confusa, de inspiración filosófica, la de *praxis* o experiencia práctica. ¡Práctica, actividad, eso es el trabajo! Los ideólogos estalinistas se esfuerzan por volver inoperante toda conciencia que repose en el análisis crítico del proceso real de trabajo y de las relaciones sociales que en él se manifiestan. En particular, hacen desaparecer *la distinción entre operación de trabajo y fuerza o capacidad de trabajo*, fuente de las relaciones trabajo-capital, amos-servidores, dominantes-dominados. En la URSS ya no se reconoce la capacidad de trabajo como elemento distinto del proceso de producción y del mercado; se pretende también que toda distinción queda abolida, en principio, entre trabajo manual y trabajo intelectual, trabajo de dirección y de ejecución, trabajo agrario e industrial. Los bardos del trabajo (de otros), los trovadores regiamente pagados para cantar las loas de la actividad liberada, gozosa, inundaron las bibliotecas de epopeyas del trabajo a la altura de un Estado faraónico. Al pueblo indignado, procreador, sospechante, le hace falta una religión. A falta de Cielo, por otra parte acribillado por cohetes cósmicos, se hará brillar el trabajo heroico, la apotheosis del trabajo, el fetiche universal, absoluto, de la producción que los hará bienaventurados.

La crítica más ferozmente prohibida por la burocracia es la crítica al régimen del trabajo, a las condiciones de fructificación del esfuerzo. El fetichismo es entonces el producto inevitable de una sociedad jerárquica donde maduran oposiciones sociales, y donde, en consecuencia, las clases dominantes prohíben la crítica de las raíces de su propio poder. La economía política burguesa libró una lucha paciente y retorcida para desnaturalizar las relaciones sociales que se disimulan bajo la apariencia de la mercancía, el capital y el trabajo. La burocracia de Estado no hizo más que retomar esa tradición, con el desparpajo grosero del *parvenu* [advenedizo].

La convención colectiva de la fábrica de automóviles Liatchev de Moscú —una entre mil— califica las “herramientas y otros bienes pertenecientes a la fábrica” de *objetos sagrados de la propiedad socialista*. ¡Cómo se conjugan aquí el fetichismo y la religión! Pero lo sagrado en la lima o el torno automático no es el objeto en sí mismo: detrás de la herramienta, está el trabajo que lo produce y lo usa. El martillo no se adora como el copón consagrado sobre el altar: se reverencia usado en el trabajo, útil y productivo.

Para dejar de ser valor de cambio en las relaciones socialistas, el medio de producción debe limitarse a ser valor útil; pero en la teocracia estalinista no es ni una cosa ni la otra: se transforma en valor sagrado. Como las condiciones sociales le imponen incluso la sumisión a las exigencias del Estado, único verdadero propietario, el obrero está obligado a venerar en los utensilios de su trabajo el santo fetiche, la hostia donde se manifiesta la *presencia real* de su propio trabajo. Herramientas y máquinas ya no son ese trabajo *muerto* analizado por Marx, ni tampoco el trabajo *vivo* que se objetivó, el esfuerzo materializado

► Teoría

Naville

del cuerpo de los obreros. Se han transformado en iconos del *trabajo sagrado*, frente al cual toda infracción al reglamento, toda falla en la disciplina, engendra el veto y la excomunión. La economía burguesa, capitalista, invocando sin maquillaje el trabajo como símbolo de la obligación, separó sin embargo la persona del trabajador de la ocasión de su sumisión. El socialismo, suprimiendo la obligación, debe separar todavía más al trabajador de los objetos de trabajo, pero dándole la *disponibilidad*. El régimen del socialismo de Estado hace lo contrario: encadena al obrero a sus objetos de trabajo, objetos de un culto en el que se expresa el misterio de su propia persona.

El carácter verdaderamente divino del trabajo está testimoniado en todo momento en la vida rusa por llamados al orden, a la fe, a la sumisión. Veamos lo que *Pravda* prescribe, en diciembre de 1956: “En la prensa, en el cine, en la literatura, es indispensable glorificar al trabajador, *demiurgo de los bienes materiales*, educarlo en el respeto profundo y el reconocimiento a la clase obrera en tanto que fuerza de vanguardia, la mejor ordenada y dirigente de nuestra sociedad”.

La fetichización del trabajo se opera en la transustanciación del salario. La paga que palpa el obrero no es considerada en la legislación y en la propaganda como el precio de su trabajo ni como el equivalente de la fuerza de trabajo que usó: es una alícuota en la renta nacional. Como la renta es una entidad, de la cual el obrero no sabe nada, el trabajo ya no está en relación con la ganancia. Además, se le repite que disfruta de un salario social y de diversas comodidades públicas y gratuitas. Pero como ese salario suplementario, esa participación en la renta nacional, la produjo él —porque es sólo una bonificación sobre la plusvalía— al fin de cuentas es él quien produce todo el salario del que se benefician todos, como en todos lados.

La metafísica hace mucho ruido alrededor del fetichismo de la mercancía, idea ya banal incluso en tiempos de Marx. La teoría del fetichismo estaba ya de moda desde el siglo XVIII. Los enciclopedistas se felicitaban por haber podido asimilar el catolicismo a ese culto primitivo al que le dieron nombre los portugueses.¹⁴

¹⁴ *Fetichismo* es una palabra impuesta por los blancos a los negros. Los portugueses llamaban *feiticos* a los amuletos, reliquias, rosarios, imágenes y pequeños objetos de todo tipo en los que se expresaban la piedad y las supersticiones de su cristianismo. Se los llevaron a los africanos en el siglo XV y atribuyeron el mismo nombre a los objetos que los negros veneraban ya por su propia cuenta. Los fetiches africanos y de Oceanía son por otra parte infinitamente más bellos que los horribles cadáveres de los cristianos. El fetichismo es una forma de pensamiento que los europeos cristianos aportaron a los negros y que luego han “descubierto” en ellos para calificar las formas llamadas “inferiores” de un culto y de una religión.

Fueron los europeos los que prestaron a los africanos su propia concepción de los poderes mágicos, protectores o maléficis, de diversos objetos. Los africanos se representaban las “fuerzas” de la que están dotados los objetos o situaciones “fetiches” de una manera mucho más naturalista y profunda que los cristianos. Su “fetichismo” es menos extraño a las relaciones reales entre los hombres que el de los europeos. Expresa esas relaciones con mayor efusión que las ideologías sociales del capitalismo o del socialismo de Estado. El “fetichismo” africano autóctono expresa también las relaciones entre el hombre y la naturaleza, de la cual el europeo “civilizado” perdió el secreto. Para

► Teoría

Naville

De Brosses, tan espiritual, imprimió en 1760 un libro que tuvo gran éxito sobre *El culto de los dioses fetiches*. Benjamin Constant, luego, habla mucho sobre él en su libro sobre las religiones. Los saintsimonianos y Comte también lo tomaron en cuenta. La *Exposición de la doctrina saintsimoniana* dice del fetichismo que el hombre “allí deifica a la naturaleza en cada una de sus producciones, de sus formas, en cada uno de sus accidentes, sin establecer ningún lazo general entre él y el medio en el cual vive, o entre los numerosos seres que distingue en ese medio”.

Comte hace una definición parecida en el *Curso de filosofía positiva*: el fetichismo es “la tendencia primitiva a concebir todos los cuerpos exteriores naturales o artificiales como animados por una vida análoga a la del hombre, con simples diferencias de intensidad”. Y más todavía: “Cuando los más eminentes pensadores *tratan de penetrar en el misterio de la producción de fenómenos cuyas leyes ignoran*, pueden constatar esta tendencia a concebir la generación de efectos desconocidos según las pasiones del ser correspondiente siempre visto como vivo. No otra cosa es el principio filosófico del fetichismo”. Y en ese principio se debaten fetichismo e industria: “El desarrollo industrial se remonta a la misma época. La industria debe a esos tiempos primitivos el esbozo de sus recursos más potentes, la asociación del hombre con los animales, el uso del fuego y el empleo de fuerzas mecánicas. *Incluso el comercio encuentra allí su primer progreso, en la institución de monedas... Al consagrar la mayor parte de los cuerpos exteriores, el fetichismo parece impedir al hombre cualquier modificación del mundo que lo rodea*, y en ese sentido constituye un poderoso obstáculo a la evolución industrial. Pero tiene la propiedad de favorecer la actividad por las ilusiones que inspira sobre la preponderancia del hombre, al que el mundo entero parece subordinado, al punto que la invariabilidad de las leyes naturales es desconocida”.

Desde 1850-52 Marx usa el término: “... el materialismo grosero de los economistas, que subsume las relaciones de producción sociales de los hombres y las determinaciones que constituyen las cosas bajo las cualidades naturales de los objetos, es un idealismo igual de grosero, que llega al fetichismo, que atribuye a los objetos las relaciones sociales como determinaciones inmanentes, y por eso mismo los mistifica”.¹⁵

¿Qué hay ahí? La aplicación del análisis que hace Hegel de los “modos de la objetivación” en la “magia indirecta”, desarrollados en su curso sobre la filosofía de la religión. En la *magia indirecta*, dice Hegel, se encuentra “una relación con objetos que parecen poder considerarse como independientes, como teniendo un poder independiente, de suerte que el poder le parece al hombre una cosa distinta de su potencia, un poder que no es el suyo, que no es tampoco el de la conciencia empírica... *Se experimenta en general la necesidad de*

él, el fetichismo de la cosa es la forma de un apetito brutal de consumo personal. “Verdaderamente, los escudos [antigua moneda francesa. Trad.] viven y bullen como los hombres: van, vienen, sudan, se reproducen”, dice el señor Grandet [personaje de Balzac. Trad.] a su hija.

¹⁵ Ver *Grundrisse*, p. 579. Es el primer esbozo de *El capital*.

tener, presente, una potencia independiente bajo una forma objetiva... Es eso lo que hay que entender bajo el término fetiche".¹⁶

El fetichismo económico es un rudimento de idealismo objetivo, una forma de objetivar poderes disociados de los que el hombre ejerce sobre sus semejantes y sobre ellos mismos. Concepción bien extendida en la época en que Marx escribió, en lo que concierne a las formas primitivas de la religión, pero que él aplica como metáfora al sistema económico capitalista. No hay forma de extraer de ahí una metafísica. Hoy, las "relaciones socialistas" del estilo ruso o chino están en el género del fetichismo generalizado: concierne no a la mercancía o al capital de préstamo, sino al producto, el trabajo y el trabajador.

9. EL TRABAJO COMO FUNCIÓN DE PRODUCCIÓN

En general se admite que el trabajo es la actividad regulada que permite un gasto de las fuerzas y capacidades, personales y colectivas, sin la cual en definitiva no habría ningún consumo de bienes ni de servicios. Esto sigue siendo cierto en la época en la que el funcionamiento autónomo (automático) del aparato intermediario representa una fracción creciente del sistema industrial global.

Este sistema libera productos materiales y servicios a un ritmo rápido y en masas enormes: se pretende entonces hoy que el único problema importante es el del reparto del producto social, es decir, de las formas del consumo y la reproducción. Y no dejan de recordar que además las formas del consumo, determinadas, según dicen, por los deseos de los consumidores, deben dictar sus propias leyes al aparato de producción, tanto a sus dueños cuanto a sus operadores.

La dialéctica inherente a las relaciones producción-consumo, de las que derivan todas las relaciones económicas y sociales, es ciertamente de una evidencia que no se debilitó en el curso de las últimas décadas. Pero no se trata de una polarización indefinida, o de una relación cuyos elementos tengan un peso equivalente. Se puede siempre consumir lo que se produce, incluso en formas en que la imaginación y la inutilidad aparente tengan la mayor parte. Pero no se puede producir siempre lo que se quiere consumir. Los dos órdenes de fenómenos no tienen la misma importancia lógica. Testigo de esto es la investigación científica pura o práctica –para tomar un ejemplo extremo– que arrastra a su manera, a despecho de la propensión de todos los regímenes de Estado de domesticarla lo más rápido posible para beneficio de las clases dominantes, una producción cuyo uso por consumo es aleatoria, raramente concebida como fin racional, y reservada a las clases pudientes. Los miles de millones de dólares que cuesta –especialmente en trabajo– la conquista humana de la Luna

¹⁶ Hegel agrega: "Hay que destacar la facultad de objetivación y la de adorar lo que está objetivado como realmente objetivo... Los negros tienen gran cantidad de ídolos, objetos naturales de los que hacen sus fetiches... Es una potencia desconocida, indefinida, que crearon ellos mismos de manera inmediata... El fetiche es un objeto de adoración, pero también un medio mágico; los honores que se le rinden se miden por lo que le ocurre al sujeto". *Filosofía de la religión*, 2ª parte. Esto es lo que Marx transpuso.

► Teoría

Naville

se gastan en la producción en vista de un consumo del que se ignoran las condiciones, las formas y los fines. En cuanto a los consumos imposibles, ¿quién, en algún lugar del mundo, no experimentó en algún grado el gusto y el placer anticipado?

Al carácter incierto o irrealizable de los consumos futuros se opone el carácter cierto de las formas de su producción. Esta certeza hunde sus raíces en una realidad de la que el hombre todavía no logró desembarazarse: ni la producción ni el consumo son posibles sin trabajo. La especie humana es incapaz de crecer al abrigo de los sueños, salvo si esos sueños se hacen carne y sangre. Todo lo que se haga al respecto sobre las ondas del mundo entero (y ya del cosmos) para hacer creer a los trabajadores que sus penas son casi superfluas, que un reparto un poco más equitativo de los placeres consumibles será suficiente para borrar la mayor parte de sus desgracias persistentes, toda la publicidad de los milagros que narcotizan a los productores, estén donde estuvieren y sean quienes fueren, todo eso no termina de enmascarar una exigencia permanente: el elemento motor de ese ciclo infernal de la producción sigue siendo el trabajo.

¿Se puede decir que esta apología constante de los milagros del consumo es justamente el hecho de un capitalismo atragantado con sus propios frutos e incapaz de repartirlos de manera que la sociedad entera pueda aceptarlos sin protestar? ¿Que grandes partes de la humanidad (cuyo invasivo pulular exacerbaba la queja y la exigencia) están aún demasiado desprovistas de todo, o casi todo, para que se pueda temer una saturación absoluta de productos? ¿Que el socialismo de Estado, al consagrar el trabajo como la eucaristía de la comunidad, oculta solamente el sinsabor que la comunidad registra en la difusión de esos productos? Se puede decir y se dirá, seguramente, ayer y hoy. Ni siquiera es necesario proclamar que la crisis registrada en el presente por el sistema económico mundial tiene una raíz única: las condiciones de la creación de valor por el trabajo humano. Las contradicciones de la producción y de la apropiación de este valor son el lazo común a todos los regímenes del planeta, y expresan la particularidad de los antagonismos que se manifiestan entre ellos. Esto es lo mismo que decir que esta crisis es la del salariado, que es una relación social.

El trabajo no es un factor de producción entre otros, e igual a ellos. Es la raíz generadora tanto de la producción como del consumo (y de la destrucción pura y simple). Si se le da al término su sentido más general, es la *función primordial*. Es decir, la forma bajo la cual el trabajo aparece como un determinante social no es la de la técnica, es su forma social y económica, la relación que crea entre clases de hombres, la relación del salario. La economía del socialismo de Estado, que intenta exorcizar este axioma mediante el imperativo burocrático, sigue rindiéndole tributo, igual que la economía del capitalismo transformado que reina hoy acumulando las potencias del gran capital privado y del Estado.

¿Cuál es la función de producción del trabajo universal? Es la función generadora de un excedente que llamamos tradicionalmente plusvalía o plusvalor. Los modos de su reparto dependen de los modos de su producción, y estos últi-

mos resultan de un enfrentamiento entre los que mandan y los que obedecen en la escala social. El derecho que impone las relaciones de salariado en el mundo entero no prejuzga los conflictos de los que se apropian de la plusvalía, conflictos que son la materia de las revoluciones de hoy.¹⁷

10. LA CAPACIDAD DE TRABAJO COMO MERCANCÍA

Es cierto que el mundo es “una vasta acumulación de mercancías”. El comercio mundial (interior y exterior entre los Estados y grupos de Estados) se desarrolló prodigiosamente en los últimos cincuenta años. La estadística tiene dificultades para registrar la abundancia de productos, viejos y nuevos. Era normal que en la Europa del siglo XIX se sintieran al principio preocupados (estupefactos o maravillados) por esta proliferación de objetos, este amontonamiento de materias. Las toneladas de carbón, de hierro y de acero, los kilómetros de telas, las miríadas de máquinas y los objetos finales que permitían reproducir indefinidamente golpearon la imaginación de los economistas sociales, de los usuarios y del público. Los frutos de la tierra comenzaron a su turno a acercarse al crecimiento numérico de los productos industriales. Lo que siguió inmediatamente a la multiplicación de los productos fue la necesidad de afectarlos al uso privado y común, intercambiándolos, poniéndolos en el mercado. La preocupación dominante fue entonces elucidar los mecanismos del mercado y la significación social última de la mercancía. Es por eso que *El capital* de Marx se abre con un análisis de la mercancía, símbolo fetiche del intercambio capitalista, en sus relaciones con el precio, y se prolonga en el estudio de la mercancía particular que es la capacidad de trabajo.

La capacidad (que comprende la fuerza y la energía) de trabajo, que es la fuente –inmediata o recurrente– de todas las otras mercancías, fue entonces también objeto de un profundo análisis desde el principio del siglo XIX, bajo las diferentes formas de su particularidad: empleo cuantitativo y cualitativo, educación, renovación, valor de cambio, libertad de aplicación, etc. Pero la asimilación de la capacidad de trabajo a una mercancía, aunque dotada (natu-

¹⁷ Esta idea está muy bien expresada por R. Pagès: “Desde su origen (la noción de plusvalía) no se apoya en otra cosa que en la oposición de la ganancia del capital y la ganancia del trabajo expresada como salario. Esta oposición, como la de la propiedad y la desposesión que le es correlativa, es fundamentalmente jurídica. No da garantías contra la variabilidad de los comportamientos observables en los cuadros jurídicos. La filosofía del derecho no es una ciencia del comportamiento. En la medida en que el salariado es coextensivo a toda la sociedad («capitalista» o «socialista») la noción se transforma en una gigantesca consolidación de la sociedad salarial en tanto que «sistema» global y una apología del sistema existente de valores sociales, apenas alterado desde que el «patrón» (por ejemplo, el Estado-patrón) puede ser legitimado, por una toma del poder central, por ejemplo, o cualquier sustituto aceptado de esta operación (nacionalizaciones «democráticas»). Antes incluso de esta toma del poder y en todo el sector salarial, la teoría económica ligada a la plusvalía no proporcionó ningún medio *intrínseco* de detectar el escándalo de la explotación, sino sólo el *hecho* de la explotación, sin medida posible” (*La finalidad de los actos llamados “económicos” y la noción de plusvalía (a propósito, especialmente, de los investigadores científicos)*, 1968.

► Teoría

Naville

ral y socialmente) de propiedades particulares, volvía a llevar necesariamente al análisis del rol de cambio y de la función de las diferentes mercancías de esa categoría, o más exactamente a la clase de mercancías, u objetos de cambio, sean cuales fueren. Las características propias de la mercancía-trabajo tuvieron tendencia a borrarse en las de la clase obrera entera, y a justificar un análisis inmutable como ésta.

Sin embargo, la evolución del capital de monopolios y del socialismo de Estado trajo aparejadas modificaciones de estructura en la clase de las mercancías, al punto de que hoy se necesita un nuevo análisis para aclarar la cuestión y volver a encontrar la raíz a la explicación de los sistemas de los que el liberalismo individualista del empresario se aleja cada vez más. Esas modificaciones se produjeron en los siguientes sentidos:

I) Si se considera el conjunto de las producciones consumibles o usables (es decir, productivas, no productivas y dañinas) se constata que las redes de intercambio de mercancías sufren transformaciones, según las condiciones técnicas, económicas y sociales de su producción y su difusión. Sectores crecientes, como el de la energía, los transportes y la cultura, funcionan hoy de una manera completamente distinta a la de hace un siglo. Los objetos materiales de uso aparecen como el punto terminal de las redes, de las que apenas pueden ser separados. Son la punta insertada en la vida cotidiana de vastos servicios extraordinariamente ramificados y diversificados que les dan vida y cuyo mantenimiento representa una función esencial. Las formas de intercambio de los objetos de uso están cada vez más subordinadas a las formas de intercambio de los servicios. Además, un número creciente de objetos de uso final son en sí mismos servicios, al punto de que el objeto final puede difícilmente ser tomado en su materialidad. Es el caso por ejemplo de las producciones de energía, de calefacción o de alumbrado: la llama de una vela no cuenta, la luz del filamento de una lamparita tiene precio por sí misma.

Las repercusiones de esas transformaciones de la naturaleza de las mercancías sobre las condiciones económicas y sociales del intercambio son considerables, porque tienden a hacer del *intercambio de servicios* el acto fundamental de la vida económica y social. Puede decirse que las transformaciones sucesivas que han llevado de a poco los dones crecientes de los pueblos arcaicos a las condiciones mercantiles reguladas por equivalentes generales presentaron analogías (de sentido inverso) con el pasaje del intercambio de objetos-mercancías al intercambio de servicios, cuya medida por un equivalente es cada vez más flexible e incluso aleatoria. Es una evolución estructural significativa tanto del socialismo de Estado como del capitalismo monopólico.

II) Así, correlativamente a la transformación mencionada más arriba, el trabajo-mercancía se transforma él también en servicio-mercancía. Veremos más adelante diversas características de ese cambio, que no es reducible a un simple cambio de nombre. Si el sentido es el mismo (porque está atado a la clase de objetos de cambio), la referencia cambia.

Una de las primeras consecuencias de esta modificación es que las condiciones en las cuales opera la aparición de un valor excedente en el transcurso

del intercambio tienden también a cambiar. Ése es el punto esencial. La desaparición o la reformulación de la primacía del empresario privado, empleador de capacidades de trabajo, en beneficio de los empleadores colectivos, permite no sólo producir sino también repartir la masa de la plusvalía en condiciones de flexibilidad desconocidas hasta el presente.

Asistimos entonces, más allá de todas las apariencias fenoménicas del mercado, detrás del centelleo caótico y ensordecedor de los productos arrojados más que ofrecidos a la elección del placer, a una mutación profunda de las características del valor producido en el mundo por el trabajo. Las capacidades operatorias, a través de su refinamiento, arrastran una forma nueva de intercambios que facilitan y constriñen a la vez las obligaciones y las proyecciones.

11. LAS CONTRADICCIONES EN LA UNIDAD DE PRODUCCIÓN

¿Qué es una unidad de producción? La pregunta nos obliga a inquirir cuáles son los dominios donde se producen los objetos y servicios, y entre qué dominios se produce esencialmente el intercambio.

Si se consideran los fenómenos concretos de la producción y el cambio, se ve rápidamente que el mundo de hoy, comprendidos todos los regímenes, complicó increíblemente el problema, como consecuencia de la interconexión creciente de todos los órdenes de la producción.

La economía corriente, y la sociología más todavía, son descuartizadas entre los estudios de empresas, concebidas como establecimientos localizables y unitarios, y el estudio del Estado concebido como sociedad en sí misma, sin perjuicio de los agregados de Estado. Los encadenamientos entrecruzados de los procesos de producción más diversos, que hacen depender un producto y su uso de un conjunto muy diversificado de otras producciones y de otros usos, no es un fenómeno absolutamente nuevo. No obstante, el grado de integración al cual llegamos hoy plantea problemas nuevos, en los cuales se debaten tanto los regímenes planificados del Este como los que se contentan con orientaciones concertadas.

Esta situación se explica desde el punto de vista técnico por los considerandos del párrafo precedente. Ya se trate de objetos materiales o de servicios, su producción requiere una cadena de operaciones solidarias de complejidad creciente, incluso (y sobre todo) cuando están automatizadas en alto grado. Además, el producto se acompaña a menudo de preproductos y subproductos, de manera que la unidad de producción encarada puede ser dividida o extendida según principios unitarios variables. El desarrollo de la subcontratación, por encima y por debajo de una unidad determinada, expresa claramente este estado de cosas. En cuanto a la producción de energía, los transportes, las telecomunicaciones, funcionan en redes interconectadas tan extendidas que la unidad de producción es en definitiva la unidad nacional e incluso internacional. En esas condiciones, fundar el análisis económico y social en "la empresa" es limitarse al aspecto más restringido de las cosas. Las relaciones sociales a esta escala se resuelven en microrrelaciones que relevan los comportamientos de

► Teoría

Naville

grupo o interindividuales, lo que tiene importancia en política pero no permite elucidar la significación profunda de las oposiciones que allí se manifiestan.

La fuente, la forma de empleo y el modo de control y de propiedad de los capitales invertidos son mucho más significativos y tienen más relación con la estructura técnica. Desde este punto de vista, el problema planteado hoy es el de las formas de relación entre capitales privados y públicos, con todos los grados de complejidad en las combinaciones que pueden encontrarse. El "capitalismo de Estado" y el "socialismo de Estado" tienen ambos sectores más o menos importantes de circulación de capitales privados o colectivos en áreas de despliegue variable.

La generalización del empleo asalariado en las economías industriales (y la tendencia a su extensión allí donde predominan todavía la agricultura y el comercio tradicionales) responde a la integración capitalista y técnica de la economía de hoy. Puede decirse que es sólo en nuestra época que la sociedad fundada sobre la industria toma la figura de una oposición total entre una masa de trabajo asalariado y una masa de capital en funciones (esas dos masas eliminan casi totalmente los residuos de las formaciones económicas tradicionales y arcaicas). Los cambios fundamentales de la sociedad aparecen entonces en toda su pureza. En ese caso, la búsqueda de una unidad o de un elemento primario de la estructura de conjunto no ofrece, desde el punto de vista teórico, más que un interés secundario.

Es indispensable fundar el análisis sobre una parrilla móvil de relaciones en las cuales el poder del Estado interviene con más o menos fuerza, y no puede definirse el nivel de las unidades consideradas más que según las exigencias de un análisis particular, con el nivel inferior tomando su sentido según las exigencias técnicas. Que las ramas de la producción estén más o menos centralizadas o descentralizadas interesa sobre todo a los modos de gestión ligados a las exigencias de la productividad, y no a la teoría de la estructura general. El reparto y la explotación de las capacidades de trabajo no pueden tampoco tratarse en su principio sino a un nivel global, como clases ejecutoras ligadas y opuestas a las clases que mandan, aunque en la escala de agrupaciones particulares de trabajo haya problemas diferenciales importantes que se plantean y son directamente determinantes para el comportamiento de los individuos.

Dicho de otra manera, las relaciones de dominación sociales, ligadas a las transformaciones cada vez más colectivizadas, se plantean en el conjunto del sistema como la expresión directa de las relaciones entre control de capitales y disponibilidad de salarios, sea cual fuere la unidad de producción considerada y el modo de gestión (comprendida la propiedad) al cual uno se refiere.

Las contradicciones internas y externas al sistema deben entonces buscarse sin atribuirles a determinadas unidades de producción un privilegio particular. La elección de la "base" o de la "cima" no puede revestir aquí más que un carácter táctico, y como tal es siempre necesaria. Pero las elecciones tácticas (como momento de un análisis o de un conflicto) están subordinadas a la búsqueda de antagonismos más fundamentales que se revelan en el sistema de conjunto. Por el momento no nos ocuparemos de saber cómo pueden ser exac-

tamente descritas las contradicciones antagónicas o no antagónicas, o las oposiciones de diversa naturaleza, pues nos alcanzará con constatar la existencia de ciertas incompatibilidades, muy diferentes según los niveles de integración y la manera en que son o no resueltas.¹⁸ Lo importante es comprender que las incompatibilidades se producen en un sistema que es el del salariado integral y el capital colectivizado. Quizá sea necesario razonar un poco como los grandes teóricos de la guerra, que no parten de una clasificación de los conflictos particulares sino que definen los principios fundamentales de los conflictos armados o acciones destructivas recíprocas para deducir de ellos, sin perder de vista la experiencia, los casos posibles y los casos probables en la práctica. La oposición fundamental que nos ocupa no es sólo la que concierne a los que tienen el capital y los que tienen la capacidad de trabajo, sino al mismo tiempo la que concierne a los que tienen y los que intercambian las capacidades de trabajo.

12. ESTRUCTURA DE OBLIGACIÓN Y FUENTE DE REBELIÓN

Toda la historia del movimiento socialista y comunista moderno es una puesta al desnudo, a través de luchas incesantes y polimorfos, de las fuentes económicas y sociales de la rebelión contra el sistema capitalista. A través de muchas variantes en la explicación, esas fuentes fueron descubiertas y analizadas como una denuncia de *la explotación* de algunos grupos de hombres por otros. Es lo que proclamaron los saintsimonianos con una fórmula que tuvo éxito: que toda la historia de la humanidad, desde que disponemos de registros, es la de "la explotación del hombre por el hombre".

El trastorno de las relaciones económicas y sociales propias del capitalismo, tal como se produjo en Rusia después de 1917, fue interpretado a menudo como la abolición no sólo de ese tipo de explotación, sino también de su posibilidad. Si embargo, la ya larga historia de la URSS, interna y externa, aparece como una seguidilla de conflictos más o menos resueltos, generadores de nuevos e incesantes conflictos. Hacer aquí la lista no sirve para nada. Todos recuerdan esas crisis, y siguen existiendo ante nuestros ojos, agravándose. ¿De dónde vienen?

¡Cuántas explicaciones superficiales, o falsas, que no resisten el menor análisis! Algunos estiman que se trata de una consecuencia, en el interior del país, de las presiones ejercidas por el enemigo histórico, el régimen capitalista, encarnado por una serie de estados diversamente armados por la industria y la ciencia. Una guerra civil mezclada con apoyos exteriores, y una guerra extranjera atravesada por divisiones internas, están ahí para testimoniar ese profundo antagonismo y sus repercusiones posibles. Otros señalan las causas de esos conflictos en las secuelas del pasado, la herencia burguesa que se prolonga, las supervivencias de otra era, ligadas a formas económicas todavía mal

¹⁸ Volveremos en la parte final de esta obra sobre este problema de método, de lógica y de epistemología.

► Teoría

Naville

desgajadas de las relaciones capitalistas. Son los mismos que imaginan un comunismo integral desarrollado en la autarquía de un solo país, o en rigor, de un grupo de Estados. Otros consideran que a veces un período de transición conlleva obligaciones propias, sus alteraciones inevitables, incluso sus vulgares gastos imprevistos o, como se dice de manera más vulgar aún, sus “rebasas” [defectos de fabricación. Trad.]. Los desaciertos burocráticos, los errores administrativos, las exageraciones nacionalistas, pertenecen, según estos auto-críticos moderados, a los inevitables problemas nacidos del mismo crecimiento socialista.

Pero la persistencia y acumulación de tensiones (en el sentido sociológico, sufridas como dominación que exige réplica) y la extensión de las crisis y rebeliones de todo tipo ya gastaron esos argumentos sin ningún alcance. En la URSS, la “desmausolización” de Stalin, el Tirano mayor, alcanzó para abrir las puertas de la crítica. Si un sistema desprovisto de todo antagonismo interno llega hasta crear *el culto* a la omnipotencia de un jefe, se puede suponer que no es sólo a causa de las circunstancias de la rivalidad exterior, ni de la herencia burguesa o pequeño burguesa, ni de la escoria de una conflagración reciente. Si el Estado socialista domina sobre todo un pueblo asalariado como un poder de coacción mezclado con una voluntad de arbitraje y capacidad de iniciativa, es necesario que el mismo sistema económico traiga aparejados esos efectos. En fin, es necesario separar de una u otra manera las oposiciones fundamentales que regulan el sistema y que pueden develar, sólo ellas, las fuentes profundas de una rebelión que toma a la primera ocasión una forma revolucionaria.

La historia de la sociedad burguesa occidental, e incluso de sus tradiciones feudales, aguzó todo un arsenal de análisis de las relaciones entre poder político y relaciones económicas y sociales. Asia y sus sociedades de castas con vastos aparatos administrativo-militares tienen también un pasado rico en fórmulas en la que la explotación de la naturaleza y de los hombres engendra ciclos periódicos de revoluciones.

Pero le fue dado a nuestra época, y esta vez a escala planetaria, afrontar la situación nueva que suscitan las rebeliones y las crisis de los socialismos de Estado industriales, que han quebrado decisivamente las grandes estructuras burguesas de apenas doscientos años, mientras que el capitalismo no deja de ser el hogar de crisis renovadas. La extensión del salariado y el peso de las grandes metrópolis imperialistas sobre el conjunto del mundo llevaron las relaciones capitalistas de conjunto a un esquema que se encuentra en *El capital*, y que los exégetas o críticos cortos de vista declararon a menudo perimido de acuerdo con la observación de ciertos fenómenos secundarios que parecen contradecirlo. Pero el socialismo de Estado suscitó análisis que deben prolongar, modificar o reemplazar los que nos ofrece *El capital*. Ya no estamos en presencia únicamente de capitalistas y proletarios, sino de diferentes categorías de asalariados sojuzgados por los aparatos del partido y la administración del Estado. Sobre bases técnicas cuya similitud es sorprendente se elevan edificios económicos cuyas formas y contradicciones internas ora se oponen, ora

se completan. La rebelión generalizada contra la omnipotencia burocrática se manifiesta aquí y allá, bajo formas aparentemente contrastantes. La sorda resistencia de los asalariados del Estado socialista tiene actualmente su eco en los sistemas monopólicos de Estado capitalistas, de manera que la crisis del capitalismo parece ligada ahora a la del socialismo. La fermentación que se opera entre los trabajadores asalariados (y sobre todo en aquellos que engendraron el desarrollo científico y técnico nuevo, el de la automatización y la informática) se une a la que conmueve a los sabios y taladra los trabajos de los economistas.

Tanto hoy como ayer, la injusticia resentida, las miserias cada vez más duras, los peligros corridos –los de las conflagraciones guerreras en curso o previstas, entre otros– son la levadura moral y física de la rebelión. Pero sería una ligereza tomarse de eso para explicar y prever la orientación de las revoluciones por venir. Henos aquí reenviados a las estructuras fundamentales de la explotación del trabajo, que siguen siendo la matriz de los conflictos sociales y políticos de esta época.

13. MODELOS DE LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN

Llamamos relaciones de producción a las relaciones que se instauran entre grupos y clases sociales en función de la apropiación de los medios de producción y de consumo, sean cuales fueren, incluyendo la capacidad de trabajo. Por otra parte, llamamos modo de producción a la forma técnica y económica tomada por los elementos dominantes del sistema económico entero.

Esta distinción es puramente analítica. Existe una relación, o mejor, tipos variados de relación, entre los modos y las relaciones de producción. Se puede incluso admitir hoy que esta relación es la principal y que modo de producción y relación de producción no tienen significado más que en la medida en que esta relación misma sea precisada. Esta relación debe concebirse como elemento de un modelo, y falta examinar si un solo modelo puede satisfacer a las variantes capitalistas y socialistas de Estado, o si es necesario considerar dos o más absolutamente incompatibles. Los elementos del modelo pueden tomar significados variables según la naturaleza del movimiento que anima el modelo.

¿Qué entendemos aquí por *producción*? Va de suyo que ese término no puede simplemente asimilarse a actividad, práctica o *praxis*, para hablar en difícil. No se trata de una categoría lógica o de una forma genérica simple. En principio producción debe entenderse de manera distinta según se trate de relaciones de modos. La producción, según el modo, significa a la vez la estructura del proceso técnico y las formas económicas de su puesta en marcha; es a la vez forma del proceso de trabajo (organización, límites, mantenimiento) y forma de su medida por los medios económicos (naturaleza de las inversiones, cálculo de costos, apropiación de los medios). La producción, según la relación, designa la posición de los grupos sociales y los individuos en relación con el modo de producción, desde el punto de vista del derecho (dominación, explotación, apropiación).

► **Teoría**

Naville

Podemos preguntarnos si el modo de producción tiene una significación más extendida que las relaciones. Pero es más interesante establecer la relación que hay entre el modo de producción y las relaciones de producción; es por cierto una relación de reciprocidad. En la relación, cada uno de los dos elementos interviene, después o junto con el otro, como factor de determinación del otro. Por ejemplo, el carácter social (colectivo a gran escala, secuencial, que implica división del trabajo, cooperación, etc.) del proceso de producción, que pertenece a modos de producción diferentes (modo "asiático", feudal, industrial-capitalista), puede ser uno de los determinantes de la forma de las relaciones de producción, porque necesita la concentración de la autoridad política y capitalista, un procedimiento particular de explotación del trabajo, etc. A la inversa, una forma jurídicamente expresada de apropiación de los medios de producción, que fija las relaciones de producción, puede determinar en gran parte el modo de producción. Por ejemplo, si la tierra pertenece a pequeños propietarios independientes, a grandes hacendados, a sociedades capitalistas o al Estado (o colectivos territoriales), habrá modos de producción diferentes y necesarios; es el caso de los koljoses rusos o las unidades agrarias de los países africanos.

La relación entre modo y relaciones de producción se presenta también en el producto, por el uso y el consumo. La producción sigue siendo un medio cuyo objetivo es el uso. Se puede entonces hablar de modos de uso y de relaciones de uso y de las relaciones que hay entre ellos. Al fin de cuentas, será necesario determinar la relación modo y relación de producción/modo y relación de consumo.

El modo de consumo tiene, por otra parte, tendencia a jugar un rol cada vez más importante en la estructura económica de conjunto, en razón de la naturaleza nueva de los productos (bienes y servicios), de su creciente multiplicidad, de su carácter de más o menos durable, de las exigencias de su mantenimiento, de su rápido cambio, de su producción masiva, etc. Puede decirse que los fenómenos de división, de parcelización, de integración, de mecanización, de automatización que caracterizan los sistemas-procesos de producción actuales encuentran su réplica en verdaderos sistemas de consumo de objetos y servicios cada vez más indiscernibles.¹⁹ En materia de comportamientos, la técnica ligada al uso de los servicios tiende a unirse cada vez más a la de la producción automatizada. El objeto material, como medio de producción o de consumo, está en la base de un modo de producción determinado. El autoconsumo privado está constantemente ligado a modos de consumo y de uso colectivo, e incluso está dominado por ellos.

En cuanto a la relación de consumo, concierne a un producto característico, la plusvalía o plusvalor. La forma de ese producto, cuya distribución y uso constituyen la matriz fundamental de las operaciones del modo de producción-consumo, está determinada por el sistema entero.

¹⁹ Ver las reflexiones de Jean Baudrillard en *El sistema de los objetos* (1968). Es una introducción al tema.

► **Teoría**

Naville

Podríamos representar este esbozo de análisis por el simple esquema siguiente:

Modo	Producción Estructura del proceso técnico Forma económica del proceso de producción	Producto (consumo) Objetos, bienes y servicios
Relación	Poseedores de la capacidad de trabajo Poseedores de los medios de producción	Plusvalía

Este esquema permite situar las modificaciones en la relación entre los diversos elementos, tal como pueden observarse en los sistemas concretos. Algunas relaciones pueden ser comunes al socialismo de Estado y al capitalismo. Otras le son propias. El cambio de sus relaciones modifica entonces la estructura del conjunto. Los asalariados de la URSS, por ejemplo, pueden usar un servicio telefónico o comprar un kilo de pan igual que los asalariados de Europa occidental, después de haber trabajado en una empresa en condiciones técnicas idénticas, sin por eso que la plusvalía haya sido extraída de su trabajo de la misma manera, ni que su uso haya obedecido a los mismos mecanismos o los mismos fines.

14. LA BUROCRACIA ASALARIADA

El poder, que se expresa como administración de Estado, partido dominante o exclusivo, casta militar o decisión del empresario económico, es cada vez más concebido como la capacidad de obligación propia de un sistema burocrático. He aquí algo sintomático, luego diagnosticable. Bajo todos los regímenes que se dividen el planeta, es el poder burocrático el que resume cada vez más la esencia política de la dominación del hombre por el hombre.

Una larga práctica permitió a las monarquías europeas domesticar la administración. La burguesía capitalista, durante su ascenso, prolongó esta influencia. Las oficinas, sus cargas y sus lugares, no han sin embargo sucumbido bajo el desprecio con que las agobiaban los verdaderos amos. La sociedad, después de todo, necesita *mecanismos* cada vez más complejos, competencias bien mantenidas, y el burócrata sabe esperar su hora.

Esta hora llegó, y es en el reloj del socialismo de Estado donde sonó primero. Los teóricos políticos y sociales –Hegel, Marx o Weber– anunciaron con mayor o menor clarividencia su advenimiento posible, probable o necesario. Pero tal vez ninguno previó con qué fuerza la burocracia se transformaría en la espina dorsal de las nuevas sociedades. El *nuevo Leviatán*, sin embargo, es ella.

► Teoría

Naville

Se establece al principio a espaldas de los más perspicaces revolucionarios, Lenin a la cabeza, en ese nuevo cuerpo que engendró el poder bolchevique. Se atribuye su origen a la gmezquindad de las comunidades campesinas y pequeño burguesas, un pasado en el viejo *tchin* moscovita, un presente en la incompetencia de los revolucionarios promovidos a la gestión de la República obrera, o en las pretensiones clásicas del control y la jerarquía. Los viejos cuerpos administrativos de los estados burgueses, polvorientos, se burlaban con placer de esos incapaces, ignorantes de los *recovecos* del palacio, de las técnicas comprobadas del servicio público y de los arreglos privados, sin mencionar la instrucción profesional. Y sin una burocracia con estilo, ¿en qué se transforma el Estado?

Sin embargo, se la ve reafirmarse y proliferar en diversos centros a partir de los cuales se constituye su equilibrio general. En el partido dirigente, después de un período en el que los sacrificios son mayores que los privilegios, se proclama que “los cuadros deciden todo”. Esos cuadros necesitan el apoyo de las administraciones del Estado, y se esfuerzan en obtener su obediencia para hablar en su nombre. Hace falta también instruir una generación de gerentes industriales, responsables ante sus jefes más que ante los obreros. La disciplina fija resucita el gusto por los uniformes, los decorados, los grados, las jerarquías. Finalmente, todos esos funcionarios se transforman en los prototipos de una burocracia cuyo poder no puede ser moderado sino por la resistencia del trabajador y del administrado.

Cuadros y masas, superiores e inferiores, dominantes y dominados, pertenecen todos al nuevo universo abigarrado de los asalariados, en las condiciones más opuestas al bienestar y a la libertad. Así se perfila una de las contradicciones que oponen categorías sociales de la misma clase, como antes se oponían clases de la misma categoría. Estas contradicciones se avivan por la competencia, que resulta de la necesidad del nuevo orden social de asegurar su permanencia y renovación, al mismo tiempo que su seguridad.

El cuerpo burocrático está tanto más seguro cuanto más vulnerable sea cada uno de sus miembros. Es necesario que cada uno, para pertenecer al círculo de los amos, esté bajo la supervisión sospechante y vigilante de su vecino, que puede en cualquier momento arrebatarle sus privilegios o darle los beneficios temporales de la grandeza. La fragilidad de los signos personales de poder es garante de la autoridad continua del cuerpo que la ejerce.

Las inquietudes y las agitaciones que recorren sin cesar la burocracia, las convulsiones que la sacuden, son el tributo de un poder arbitral tiránico que oculta mal incontables querellas, desgarramientos constantes que llegan hasta muertes periódicas, donde el terror le permite restablecer su supremacía desgarrada.

La cooptación es la otra cara de la expulsión para asegurar el equilibrio de ese cuerpo, en el que la degradación es el reverso siempre posible de un ascenso glorioso. Pero el movimiento viene siempre *de arriba* y nunca *de abajo*. Así, bajo la amenaza permanente del revólver staliniano, olas de entronizaciones y masacres se sucedieron, sancionadas por un proceso de papeles teatrales

► Teoría

Naville

aprendidos en los que la policía, ama momentánea del juego, aseguraba la perennidad del sistema. Cuadros políticos, mariscales y generales, directores económicos, escritores, diplomáticos, provenientes del proletariado, hicieron poco a poco los gastos de este mecanismo, hasta que sus estragos alcanzaron un paroxismo que empujó una a una nueva generación a intentar atribuir al cuerpo burocrático reglas de funcionamiento que pudieran resguardarlo de una catástrofe general esperada y deseada por una fracción cada vez más grande del pueblo.

La burocracia, en efecto, vive sólo de la borrachera del poder. El control brutal que ejerce sobre sí misma, y que alimenta sus propias contradicciones, es exigido por el cuidado que es necesario poner en dominar la economía y su capacidad de acumular recursos, de mantener al pueblo asalariado en el trabajo sin protestar, de asignarle objetivos y de perseguir ciegamente esta auto-explotación de la cual disfruta largamente.

El mundo capitalista, al principio sorprendido, y por largo tiempo fiel a sus viejos métodos de dominación, en los que la administración burocrática no es al fin de cuentas más que el sirviente escéptico y envarado de los grandes negocios privados, se vio poco a poco atraído por un sistema que justificaba su propia estatización creciente. Las democracias capitalistas compartieron una admiración mal disimulada por Stalin y por Hitler. El Estado asumió en ellas, sobre todo después de la gran crisis económica de los años 30, tal poder económico que la hinchazón burocrática fue el corolario inevitable. Por otra parte, algunos negocios privados, imperios dentro del imperio, alcanzaron tales dimensiones que a su vez gerenciaron intereses que tenían la dimensión de los presupuestos de Estado. Por todos lados la burocracia proliferaba, y las peleas exteriores que alimentaba cargaron sus empresas guerreras de una energía devastadora sin precedentes, tanto como los antagonismos (que ella agudizó) entre Estados presagian las revoluciones que son el objeto de las luchas sociales del siglo venidero.